



**PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR
FACULTAD DE PSICOLOGÍA**

DECLARACIÓN y AUTORIZACIÓN

Yo, **BERNARDA AGUIRRE SEVILLA CC. 171371965-4**, autora del trabajo de graduación intitulado: **“RECORRIDO DEL CONCEPTO DE FALO COMO FUNCIÓN ORGANIZADORA DE LA ESTRUCTURACIÓN DEL SUJETO SEXUADO”**. Estudio realizado desde la teoría psicoanalítica desarrollada por Lacan a partir de Freud, previa a la obtención del título profesional de **Psicóloga Clínica**, en la Facultad de **Psicología**.

1.- Declaro tener pleno conocimiento de la obligación que tiene la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, de conformidad con el artículo 144 de la Ley Orgánica de Educación Superior, de entregar a la SENESCYT en formato digital una copia del referido trabajo de graduación para que sea integrado al Sistema Nacional de Información de la Educación Superior del Ecuador para su difusión pública respetando los derechos de autor.

2.- Autorizo a la Pontificia Universidad Católica del Ecuador a difundir a través de sitio web de la Biblioteca de la PUCE el referido trabajo de graduación, respetando las políticas de propiedad intelectual de Universidad.

Quito, abril 2016

**BERNARDA AGUIRRE SEVILLA
CC. 171371965-4**

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR
FACULTAD DE PSICOLOGÍA

DISERTACIÓN PREVIA A LA OBTENCIÓN DE TÍTULO DE
PSICÓLOGA CLÍNICA

“RECORRIDO DEL CONCEPTO DE FALO COMO FUNCIÓN
ORGANIZADORA DE LA ESTRUCTURACIÓN DEL SUJETO
SEXUADO”

Estudio realizado desde la teoría psicoanalítica desarrollada por Lacan a partir
de Freud.

BERNARDA AGUIRRE SEVILLA

DIRECTORA: MSTR. YOLANDA VEGA

QUITO, 2016

ÍNDICE DE CONTENIDOS:

Dedicatoria	ii
Agradecimientos	iii
Resumen	iv
Introducción	v
Capítulo 1: El concepto de falo en la obra de Lacan	1
1.1 Como significante	1
1.2 Como semblante	8
1.2 Como función operante de la estructuración del sujeto sexuado	16
Capítulo 2: El concepto de falo en la obra de Freud	34
2.1 El malentendido falo como órgano	34
2.2 Consecuencias psíquicas de la primacía del falo	39
Capítulo 3: Freud \longleftrightarrow Lacan	51
3.1 Metamorfosis del concepto	51
3.2 Diferencias entre Freud y Lacan	56
Conclusiones	59
Recomendaciones	61
Referencias bibliográficas	62

A quien, deseoso de hacerlo, se encuentre leyendo estas páginas.

Agradezco a todos quienes, ya sea como testigos o partícipes, han incidido sobre esto que ahora continúa; este entramado de palabras, esta sucesión de preguntas y ese esfuerzo por encontrar, aún en sus respuestas, incluso más preguntas.

RESUMEN:

El concepto de falo como función organizadora del sujeto del que da cuenta la experiencia analítica hace su primera aparición en la escena del psicoanálisis con el hombre que lo creó: Sigmund Freud. Sin embargo, en aquel momento no era sino *representación fálica*, aquella misma sobre la que se apuntalan las pulsiones del niño y la niña otorgándole la primacía fálica sobre la que se desarrollará su psique. Es Jacques Lacan, quien en un retorno a Freud, lee en el *representante del falo*, bajo la luz de su teoría del significante y la topología del sujeto, el significante fálico, que, a su vez, irá articulando hasta plantearlo como función fálica entre 1971 y 1973. Esto no quiere decir que sean dos falos diferentes, otros uno con respecto al otro. El falo de Freud sufre una torsión con Lacan que, guardando consistencia y continuidad, no es exactamente el mismo en estricta equivalencia, pero que, sin embargo, no es completamente otro. El falo, que, como significante se descubre imposible de apalabrar, es función; es estructurante en lo que respecta a la subjetivación del sujeto, ubicándolo así en una de las dos posiciones: femenina o masculina.

Palabras clave: nudo borromeo (RSI), castración, complejo de Edipo, falo, sujeto, goce, objeto *a*, sexuación.

INTRODUCCIÓN:

El presente trabajo de investigación surgió a partir de una pregunta, una interrogante que demoró en articularse y que finalmente se plantea: ¿Cómo ha sido el devenir del concepto de falo como función organizadora del sujeto sexuado; del sujeto de lo inconsciente tal como lo descubre el psicoanálisis?

Es evidente que el concepto de falo como función organizadora de la estructuración del sujeto sexuado ha sido un concepto que, no pocas veces, se ha malentendido. Por lo tanto, la razón y el objetivo general de esta disertación es la de esclarecer, en alguna medida, este concepto por medio de un recorrido del desarrollo del mismo en la teoría psicoanalítica desarrollada por Sigmund Freud y Jacques Lacan. A este objetivo se le añade otro, no menos importante, que es el de despertar más preguntas, con el fin de continuar el trabajo de investigación y articulación de la teoría psicoanalítica.

El objeto de estudio es el concepto de falo, del que deriva la función que cumple con respecto a la estructuración del sujeto, y, que ha sido desarrollado por Lacan en la articulación de su retorno a Freud. Los aspectos secundarios que se trataron son: el complejo de castración, el complejo de Edipo y la posición sexuada del sujeto de acuerdo al cuadro de las fórmulas de la sexuación. Y, debido a que esta disertación es teórica queda fuera de ella toda contrastación práctica.

La presente investigación es, entonces, bibliográfica. Con el fin de realizarla se utilizarán como métodos tanto el inductivo como el deductivo.

Para organizar la información se han trabajado los textos marcando lo pertinente, se tomó nota y ahora, como resultado: el presente texto que articula aquello que se ha trabajado a partir de las lecturas. Se empezó por una lectura de autores, que, posteriores a Lacan, lacanianos ellos mismos, trabajan sus conceptos y direccionaron la búsqueda de los mismos hacia los textos originales; hacia las fuentes primarias. Lo que se denomina fuentes primarias son los seminarios y los escritos de Jacques Lacan, los segundos en abordar. Finalmente, se trabajaron algunos de los escritos de Freud (de 1905 a 1932) en orden cronológico. De cierta forma, la investigación se realizó de adelante hacia atrás; algo semejante a la vector que muestra el *après-coup*. Es por esta razón que los capítulos están ordenados en una dirección que va de Lacan a Freud, que luego encontrará una forma de regresar a Lacan. De modo que, en el primer capítulo se trabaja sobre el falo en la obra de Lacan, que se presenta como

significante, como semblante y, finalmente, como función operante de la estructuración del sujeto sexuado. Luego, el siguiente capítulo, articula el concepto de falo tal como aparece en la obra de Freud. Para terminar, estos dos capítulos encuentran su anudamiento en el tercero y último, en el que se plantea el pasaje de Lacan a Freud y viceversa en lo que respecta al falo y su función.

CAPÍTULO 1: EL CONCEPTO DE FALO EN LA OBRA DE LACAN

El concepto de falo en la obra de Lacan puede encontrarse en innumerables páginas. Sin embargo, el falo como función organizadora delimita considerablemente la búsqueda del desarrollo de este concepto que de otro modo podría extenderse a lo que podría ser una investigación a través de una exégesis de los 23 seminarios así como de toda su obra escrita. Por lo tanto, debido a esta delimitación, el presente capítulo trabajará ciertos textos de Jacques Lacan con el auxilio de otros textos escritos por psicoanalistas, entre ellos Néstor Braunstein, Silvia Tendlarz, Juan David Nasio y Diana Rabinovich.

1.1 Como significante

Es pertinente empezar por la definición de significante según la teoría psicoanalítica pues no es igual que el concepto de significante en la lingüística de Ferdinand de Saussure (aunque haya sido tomado de ésta). El significante como concepto desarrollado por Lacan es, según el Diccionario del Psicoanálisis de Chemama y Vandermersch: “Elemento del discurso, registrable en los niveles consciente e inconsciente, que representa al sujeto y lo determina” (2010, pág. 622). Sería un tremendo descuido satisfacer la curiosidad con esta definición, aunque en sí misma diga bastante. El significante no está determinado por la significación, sucede que el significante adquiere significación en tanto se encuentra articulado con otro significante, de forma tal que el significante es autónomo respecto de la significación. El significante tiene, entonces, la siguiente función: “la de representar al sujeto y también determinarlo” (Chemama & Vandermersch, 2010, pág. 624; Lacan J. , El seminario 18: De un discurso que no fuera del semblante 1971, 2009).

El falo es un significante. Lo propone así Lacan en su escrito *La significación del falo* de 1958. No es cualquier significante. Ahora bien, es necesario reconocer que significante y significado no son lo mismo aunque sí se relacionan. Lo mismo sucede con lo significable. Lo dice el mismo Lacan:

[...] nos hemos visto conducidos a ciertos resultados: en primer lugar, a promover como necesaria para toda articulación del fenómeno analítico la noción de significante, en cuanto se opone a la de significado en el análisis lingüístico moderno. De esta Freud no podía tener conocimiento [...]. Inversamente, es el descubrimiento de Freud el que da a la oposición del

significante y el significado el alcance efectivo en que conviene entenderlo: a saber que el significante tiene función activa en la determinación de los efectos en que lo significable aparece como sufriendo su marca, convirtiéndose por medio de esa pasión en el significado (2003, pág. 668).

De modo que retomando lo establecido anteriormente acerca del significante, existe el significante; autónomo del significado, existe el significado o significación que surge de la articulación de estos, confiriendo sentido a lo significable que viene a ser aquello de lo real que padece la acción del significante. El hecho de que lo significable aparezca como padeciendo la marca del significante es clave, pues establece al significante como activo y lo significable como pasivo (Rabinovich, 1995, pág. 27). Es necesario rescatar en estos sentidos; *activo* y *pasivo*, una connotación freudiana insoslayable.

El falo, según Lacan, se esclarece por su función. Es, además, una función constitutiva del sujeto en tanto “[...] es el significante destinado a designar en su conjunto los efectos del significado, en cuanto el significante los condiciona por su presencia de significante” (2003, págs. 669-670). Primero, es el significante *destinado*. Para ser destinado tiene que serlo porque alguien o algo lo destinó; lo eligió particularmente. Este destino da cuenta de una particularidad del significante que lo hace distinto de todos los demás. Luego, se lee que es el significante destinado a *designar*, palabra que puede entenderse como nominar, nombrar a alguien a algún cargo, y, tiene también el valor indicativo de señalar. Por lo tanto implica tres acciones: nominar, nombrar e indicar. Este verbo establece que el falo realiza estas tres acciones, y las realiza con respecto al conjunto de los efectos del significado (Rabinovich, 1995). El conjunto de los efectos de significado no es sino el conjunto producido como efecto de la relación del significante sobre lo significable.

Según Diana Rabinovich, Lacan parte de la existencia de dos conjuntos, a saber, el conjunto de la batería significante y el conjunto del significado. Este último conjunto vendría a ser el conjunto de los efectos del significante sobre lo significable. El falo es un concepto que, parafraseando la última cita de Lacan, se extrae de la batería significante y es aquel *destinado* a *designar* los efectos del significado.

El significante fálico designa, nombra, el conjunto de los significados. [...] Opera, entonces, con dos conjuntos: el conjunto de los significantes, o sea la batería significante, y el conjunto de los significados. Retira un significante de la batería

significante y lo destina a la función de ser el nombre, el indicador del conjunto de significados (Rabinovich, 1995, pág. 31).

Puede hacer lo que reza en la cita anterior en tanto es el significante que condiciona, por su presencia, los efectos del significado. Lacan escribe *condiciona*, y este significante cuya escritura se encuentra fríamente calculada se propone como condición lógica operando por su *presencia* como significante. Opera, entonces, como diferencia pura en tanto está presente. De esta diferencia, la diferencia sexual será metonimia que afecta al cuerpo; cuerpo que ha sido ya desnaturalizado y transformado en cuerpo atravesado por el significante (Rabinovich, 1995).

No puede decirse simplemente que el falo es el nombre de la falta: “Si algo caracteriza al falo, no es ser el significante de la falta, como algunos creyeron poder entender en ciertas palabras mías, sino ser precisamente eso de lo que no sale ninguna palabra” (Lacan J. , 2009, pág. 157). De modo que el falo no es el nombre de la falta sino que es un significante con una *Bedeutung*, una significación, que es además la única que hay:

Como dije la última vez, si hay algo que pueda en última instancia indicarse como lo que se denota a partir de toda función provista de lenguaje, es una *Bedeutung*, no hay más que una, la *Bedeutung des Phallus*. Allí está lo único que el lenguaje denota, pero sin que nunca nada responda por ello (Lacan J. , 2009, pág. 157).

Lo que se denota, es decir, lo que se indica; anuncia, significa, es el falo: “El sentido que Frege da a *Bedeutung* – presten atención, comienzan los pequeños cambios – es el de denotación” (Lacan J. , 2012, pág. 53). Pero este falo nunca responde, nunca está, no se lo puede señalar y decir “¡Eso *es!*”, pues es el significante mudo. De ahí que el falo actúa, se hace presente, en tanto se encuentra velado.

Todas estas expresiones no hacen sino seguir velando el hecho de que no puede desempeñar su papel sino velado, es decir como signo él mismo de la latencia de que adolece todo lo significable, desde el momento en que es elevado (*aufgehoben*) a la función de significante” (Lacan J. , 2003, pág. 672).

Los conceptos falo imaginario y falo simbólico introducen luces con respecto al significante fálico que actúa velado, que no es sencillamente el falo en el sentido del órgano genital masculino. El falo imaginario es, en principio, el objeto deseado por la madre; aquel objeto sobre el que recae la castración simbólica. En la tabla de la página 269 del *Seminario 4 La relación de objeto*, 1956-1957, Lacan, dice que en la castración simbólica opera como agente el padre real y el objeto sobre el que recae es el falo imaginario, que según este seminario es objeto fálico (Lacan J. , 2013). Este es el falo, imaginario ciertamente, que el niño juega a ser, tener o parecer. El falo simbólico, por otro lado, obra de la estructura del lenguaje, viene a “ocupar un lugar en una serie de términos equivalentes” (Nasio, 1996, pág. 48), es decir que el falo puede ser intercambiado por una serie de objetos en tanto se encuentra dentro del lenguaje, es decir, bajo las leyes de la metáfora y la metonimia.

El falo imaginario; como objeto fálico, planteado por Lacan a lo largo del *Seminario 4* es el objeto del deseo de la madre. Este mismo, en tanto falta, es el que debe ser descubierto por el niño para salir de aquella tríada preedípica madre-falo-niño donde la madre está como madre fálica. Entonces, el niño debe salir de esta situación atravesando la castración y pasando por el complejo de Edipo; hechos que lo constituirán como sujeto en falta; sujeto del lenguaje, sujeto sexuado. El falo imaginario aparece una vez que el falo real, bajo el riesgo de pérdida, es investido y luego permuta de falo imaginario a falo simbólico gracias a que se convierte en un objeto intercambiable:

Nos encontramos, entonces, ante una singular paradoja: el mismo falo es, en tanto imaginario, el *objeto* al cual apunta la castración y, en tanto simbólico, el *corte* que opera la castración. La dificultad para despejar con claridad la teoría lacaniana del falo proviene justamente de estas múltiples funciones encarnadas por el falo. El pene real, por estar investido, sólo existe como falo imaginario; a su vez el falo imaginario, por ser intercambiable solo existe como falo simbólico; y finalmente el falo simbólico, por ser el significante del deseo, se confunde con la ley separadora de la castración (Nasio, 1996, pág. 51).

Finalmente este falo simbólico, que no puede decirse aún que es un significante, se convierte en tal como fruto de la castración. No podría ser de otra forma pues antes de ella era lo Real, no había lenguaje, pues aunque con batería significante, no existía encadenamiento posible. Es por la operación de la castración simbólica que el cachorro humano se inserta en el

lenguaje. La castración simbólica recae sobre el falo imaginario, convirtiéndolo así en falo simbólico, aquel que puede ser simbólicamente intercambiado; aquel que puede ser demandado y es faltante en las relaciones entre sujetos. Sucede, entonces, que el falo simbólico se confunde, incluso puede decirse, estrictamente, que *se funde con* la función de corte; con la castración, realizada por la función paterna, es decir, la Ley. La Ley; la prohibición del incesto, es lo que da origen a la posibilidad de la pérdida de este falo que ha dejado de ser real, de ser el pene, y que viene a ser simbolizado al ser ubicado frente a esta misma posibilidad. La castración, el corte, es la operación que se da en el sujeto y que arranca de la batería significativa el falo, destinándolo; como significativo, a designar el conjunto de los efectos del significado.

Separar el falo de la castración pervierte ambos conceptos. Es a partir de ahí donde el concepto ex-siste¹ donde aparece su *Bedeutung*; La *Bedeutung*. En la *Bedeutung* del falo se encuentra lo que el lenguaje denota pero que nunca se puede decir puesto que está perdido para siempre. Lacan escribe que lo que caracteriza al falo es ser “precisamente eso de lo que no sale ninguna palabra” es por eso, porque es el significativo mudo, porque no puede ser dicho, que una vez dicho *no será eso*. Es ahí donde Lacan ubica el goce fálico que desarrolla en el *Seminario 19: ...O peor* cuando escribe la formulación que hace un sujeto a otro cuando está enamorado, es pues, la demanda fundamental: “*te demando que rechaces lo que te ofrezco, porque no es eso*” (2012, pág. 90).

“El falo es el significativo privilegiado de esa marca en que la parte del logos se une al advenimiento del deseo” (Lacan J. , 2003, pág. 672). Al *logos*, en este caso hay que entenderlo en todas sus acepciones: como lenguaje, como discurso y como razón matemática o proporción (Rabinovich, 1995). Entonces, el falo es el significativo que marca, que hace de pivote entre el lenguaje, el discurso y la proporción matemática con el devenir o el surgimiento del deseo: “Se convierte entonces en la barra que, por la mano de ese demonio, cae sobre el significado, marcándolo como la progenitura bastarda de su concatenación significativa” (Lacan J. , 2003, pág. 672). El lenguaje y el discurso (es decir, el lenguaje en acto) dan cuenta del deseo y lo van determinando, sin embargo, para que el deseo surja debe haber un significativo que funja primero, y, como consecuencia de esta articulación

¹ Lacan escribe ex-siste, fuera de y en existencia fuera de; fuera de la batería significativa y designando el conjunto de los efectos de significado.

significante el sujeto se convierte en sujeto tachado; como el escudo de aquellos hijos bastardos (Rabinovich, 1995). El significante que funge en esta construcción subjetiva no es otro que el falo. Tiene así una función estructurante en el devenir del sujeto, sujeto que no puede sino ser sexuado, en otras palabras, de un sujeto que estará en perenne búsqueda; búsqueda de la cual los *partenaires* son evidencia.

Los efectos que produce la presencia del falo como significante son, primero, la desnaturalización del sujeto: “una desviación de las necesidades del hombre por el hecho de que habla, en el sentido de que en la medida en que sus necesidades están sujetas a la demanda, retornan a él enajenadas” (Lacan J. , 2003, pág. 670), luego, esta necesidad abolida retorna *más allá* de la demanda como deseo haciendo del cachorro humano un sujeto. Desnaturaliza la necesidad, la desvía por medio de la demanda y aquello que resta vuelve más allá de ella como deseo; deseo que es siempre insatisfecho; deseo siempre de otra cosa, pues retornar a lo natural, a lo real, a la completitud, resulta para el sujeto atravesado por el lenguaje, una proeza imposible. Esto lo desarrolla más tarde en la teoría cuando trabaja el concepto de goce. Hasta el año de la *Bedeutung*, Lacan no desarrollaba aún este concepto, sin embargo, su aparición no niega lo escrito en este texto de 1958. De hecho, el significante fálico que se trabaja en la *Bedeutung des Phallus* es un significante necesario para la pérdida de aquel goce *real*. Lo real es, para el psicoanálisis lacaniano, “Lo que la intervención de lo simbólico expulsa de la realidad para un sujeto” (Chemama & Vandermersch, 2010, pág. 579), es la instancia inaprehensible para el sujeto de donde ha sido expulsado por la articulación significante; por la operación simbólica, es decir, por el significante fálico en la operación de la castración. Por tanto es el falo un significante necesario para el sujeto que ha devenido tal al atravesar la castración.

Así, el falo es el significante al que remiten todos los demás; es función organizadora del sujeto ausente de la cadena significante. Ocupa, por lo tanto el -1 porque designa la falta en el Otro. Según Néstor Braunstein, la Cosa: el goce; el puro real, aquello previo a la castración cuando el sujeto se encuentra preso del deseo de la Madre, queda interdicto, el goce está prohibido, opera la castración, y el significante impronunciado; el Falo, instaura la falta irremisiblemente. El mismo autor escribe:

Es a esta falta, efecto del Falo, que ha puesto la Cosa a una distancia insalvable, que responde otro significante que se constituye en eje de articulación de la palabra hablada, que es el significante que estructuralmente realiza la castración, es decir, la

separación de la relación con el deseo de la Madre: es el nombre-del-Padre. Un significante, este sí, articulable, que funciona como (S_1), como lugar ineludible para el enganche de un segundo significante (S_2) (2006, págs. 92-93).

El falo es entonces el significante al que remiten todos los demás. Ocupa, por lo tanto el -1 porque designa la falta en el Otro; es el significante extraído del tesoro de significantes: “Significante, pues, de la falta de significante; pura positividad que tacha de negatividad, que condena a no ser otra cosa que semblante a todo lo articulable” (Braunstein, 2006, pág. 90). Este falo del que Braunstein habla es el falo simbólico, Φ , distinto del que se escribe ϕ ; el falo imaginario. Cuando éste es escrito ($-\phi$) se convierte en significante del deseo en tanto es la falta como consecuencia de la castración:

[...] distinguir entre el Falo (Φ), con mayúsculas, ‘imposible de negativizar, significante del goce’ y el falo ($-\phi$), con minúsculas, significante del deseo, que, él sí, es consecutivo a la intervención del nombre-del-Padre y se presenta para el sujeto como ‘imagen del pene, negativizado en su lugar en la imagen especular’ siendo esto ‘lo que predestina al falo a dar cuerpo al goce en la dialéctica del deseo’, lo que permite que, experimentando su falta, el sujeto pueda investir al objeto cargándolo con el valor de lo que falta en él, pueda devenir deseante. [...] La falta impuesta por la castración y asumida por el sujeto como tal en lo imaginario se indica algebraicamente como ($-\phi$), *menos phi* (Braunstein, 2006, pág. 95).

¿Es Φ el falo simbólico o el falo como significante? Son, de cierta forma, uno y lo mismo. Es así puesto que es el significante impronunciable que toma el lugar del goce en lo real; de aquel momento de la tríada preedípica, instaurando la falta. Por ende esta falta debe entenderse como efecto del Falo Φ (-1); es significante del goce. La escritura ($-\phi$), ligada en una relación de dependencia a Φ , es el significante del deseo:

Afirmar con Lacan que el falo es el significante del deseo implica recordar que todas las experiencias erógenas de la vida infantil y adulta, todos los deseos humanos (deseo oral, anal, visual, etcétera) estarán siempre marcados por la experiencia crucial de haber tenido que renunciar al goce de la madre y aceptar la insatisfacción

del deseo. Decir que el falo es el significante del deseo equivale a decir que todo deseo es sexual, y que todo deseo es finalmente insatisfecho (Nasio, 1996, pág. 49).

El Falo, como significante del goce es una anterioridad lógica que debe situarse dentro de la tríada preedípica; es hacia donde se dirige el deseo de la Madre y de donde no sale bien librado el niño si no interviene la metáfora paterna. Según Braunstein: “Lo que el nombre-del-Padre ‘produce’ es la significación fálica pero él es, a su vez, un sustituto articulable, decible, del Falo, significante del goce, fuente inagotable de la palabra” (2006, pág. 96). Este Φ , mudo, es imposible de definir, imposible de describir; no es posible hacerlo hablar porque escapa al discurso haciendo función de borde. Lo que queda es articularlo en el único sentido que el lenguaje permite, a saber, en retrogradencia bajo la forma de metáforas, y, en algunos casos, de metonimias. En otras palabras del Φ algo se puede decir en acercamientos que no son sino de ϕ o $-\phi$ (el falo del fetichismo o el falo de la castración). Sin embargo, es Φ con el cual tendrá que vérselas el sujeto en cuanto al posicionamiento que toma con respecto a su sexuación: es el falo que Lacan escribe en sus famosas fórmulas de la sexuación.

A pesar de lo borroso que todo esto pueda resultar queda claro que si no hay discurso que no sea del semblante, del falo no es posible decir nada sino con éstos mismos, es decir, con aquellos semblantes por excelencia que son los significantes. La articulación significativa que pretende, como en este texto, de algún modo esclarecer el concepto teórico de falo debe reconocerlo, entonces, también, en su cualidad de semblante con todos los efectos que esto acarrea en cuanto al sujeto y su sexuación, es decir, al sujeto y su relación con el goce, o quizá valga escribir *los goces* a partir de 1972.

1.2 Como semblante

Según la Real Academia de la Lengua, la palabra semblante puede tener una de las siguientes significaciones: parecido, semejante, una representación de algún estado de ánimo en el rostro, apariencia, o el rostro humano en sí (Real Academia Española, 2014). Lacan toma este significante y lo conceptualiza, sin desdeñar su significación en el lenguaje común. En el Diccionario del Psicoanálisis a cargo de Chemama y Vandermersch, bajo la definición de semblante se escribe: “Dimensión de aquello que de la posición subjetiva puede aparecer, en tanto el psicoanálisis no opone esta apariencia a una esencia sino que lo enlaza

dialécticamente con la verdad. [...] El semblante constituye sin duda la dimensión de lo que aparece, que no debe ser descalificada como tal” (2010, pág. 613). De modo que no tan lejos del lenguaje corriente, de lo que trata el semblante en psicoanálisis es de la presentación y la representación; el semblante es aquello que hace ‘como si’ ” (Braunstein, 2001a). El semblante no es una mentira, es decir, no es un contrario de la verdad. Para el psicoanálisis lacaniano el semblante se define a partir de su relación con la verdad. De hecho:

La verdad no es lo contrario del semblante. La verdad es esta dimensión o *demansión* – si me permiten construir una palabra nueva para designar estos vasos – que es estrictamente correlativa de la de semblante. La demansión de la verdad soporta la del semblante. Algo se indica, pese a todo, del lugar adonde quiere llegar este semblante (Lacan J. , 2009, pág. 26).

La *demansión*, neologismo se encuentra en el *Seminario 18*, es propuesto como la residencia; el lugar del Otro de la verdad. El semblante que se sostiene sobre esta *demansión* de la verdad no *es* la verdad pero *habla* de ella. Según Lacan, la verdad tiene estructura de ficción: “[...] *fictitious* no quiere decir ilusorio ni engañoso. *Fictitious* quiere decir ficticio sólo en la medida en que responde exactamente a lo que nosotros queremos decir cuando formulamos que toda verdad tiene una estructura de ficción” (1988, pág. 13). Esta estructura de ficción es el semblante. Por lo tanto, el semblante es aquella estructura ubicada en el entrecruzamiento de lo simbólico y lo imaginario, que deja de lado lo Real, paradójicamente, al intentar aprehenderlo. Así, dice la verdad a medias, verdad que se escucha del ser hablante, el agente del discurso, que no es él, a su vez, sino semblante mismo (Braunstein, 2001a).

El sujeto está ubicado de entrada en la dimensión de semblante, de modo que, ubicado desde su sujetación en esta dimensión no existe nada fuera de ella de lo cual él pueda dar cuenta. De modo que, el sujeto en tanto sexuado está jugado en esta dimensión; deberá en uno u otro punto reconocerse ya como hombre o como mujer, dirá “soy hombre” o “soy mujer” (más difícilmente dirá soy mujer, y, rigurosamente dirá soy una mujer). “La identificación sexual no consiste en creerse hombre o mujer, sino en tener en cuenta que hay mujeres, para el muchacho, que hay hombres para la muchacha” (Lacan J. , 2009, pág. 33). En tanto la necesidad de la pura diferencia, el falo en este momento es semblante: es efecto del significante privilegiado de esa marca que se lee en el subcapítulo anterior y que introduce

la lógica del ser y el tener, y, junto a ellos, la relación con el goce: “A decir verdad, el plus-de-gozar, solo se normaliza por una relación que se establece con el goce sexual, teniendo en cuenta que este goce no se formula, nos se articula más que por el falo, en la medida en que es su significante” (Lacan J. , 2009, pág. 33).

Lacan escribe en 1958:

Puede decirse que ese significante es escogido como lo más sobresaliente de lo que puede captarse de lo real de la copulación sexual, a la vez que como el más simbólico en el sentido literal (tipográfico) de este término, puesto que equivale allí a la cópula (lógica). Puede decirse también que es por su turgencia la imagen flujo vital en cuento pasa a la generación (pág. 672).

En una lectura retrogradiente de *La significación del falo*, se reconoce en la anterior cita el falo como semblante nodal en el devenir de la estructura del sujeto. El falo es necesariamente un semblante que como significante privilegiado, “en su explicación, se articula en los tres registros y no en forma predominante con uno solo de ellos” (Rabinovich, 1995, pág. 52).

Con respecto a la identificación sexual del sujeto, éste no escapa de estar ubicado en la dimensión del semblante. Los sujetos están destinados a reconocerse como hombres o como mujeres. En lo que atañe al sujeto sexuado de este trabajo de disertación:

La identidad de género no es otra cosa que lo que acabo de expresar con estos términos, el hombre y la mujer. Es claro que la cuestión de lo que surge allí precozmente solo se plantea a partir del hecho de que en la edad adulta el destino de los seres hablantes es repartirse entre hombres y mujeres. Para comprender el hincapié que se hace en estas cuestiones, en esta instancia debe percibirse que lo que define al hombre es su relación con la mujer, e inversamente (Lacan J. , 2009, pág. 31).

Lacan se encuentra, en este momento (clase del 20 de enero de 1971) iniciando su trabajo sobre la sexuación de los sujetos. No ha llegado aún el momento en el que articula la imposibilidad de la relación sexual, y, podemos así leer cómo en la cita anterior habla de relación del hombre con la mujer. Esta relación está, de algún modo, aún en el orden del

encuentro; uno que no escapa, claro está del malentendido estructural. Sin embargo, en este momento, ¿qué es lo que define al hombre? Pues lo que define al hombre es la mujer. Solo ella puede decir que aquel que dice serlo efectivamente lo es. El hombre hace de hombre y solo la mujer verifica esta masculinidad, la mujer es para el hombre la hora de la verdad (Lacan J. , 2009). Esto se sigue sosteniendo posteriormente puesto que, como ya se verá, la mujer para el hombre es el Otro, el Otro sexo. En este momento el falo como semblante cobra la importancia de la que se trata en este trabajo, es decir, en la posición sexuada del sujeto:

Para los hombres, la muchacha es el falo, y es lo que los castra. Para las mujeres, el muchacho es la misma cosa, el falo, y esto es lo que las castra también porque ellas solo consiguen un pene, y que es fallido. Ni el muchacho ni la muchacha corren el riesgo en primer lugar más que por los dramas que desencadenan, son el falo durante un momento (Lacan J. , 2009, pág. 33).

Se lee ya aquí un problema con esto de la relación sexual. El falo parece ser eso que obstaculiza la relación sexual, y es en relación a este falo como el sujeto se identifica como hombre o como mujer en la dialéctica del ser, el tener y el parecer este falo en su dimensión de semblante, que, en el encuentro de uno con otro dará como resultado lo que Lacan ya trabaja desde 1958 cuando escribe:

Digamos que esas relaciones girarán alrededor de un ser y de un tener que, por referirse a un significante, el falo, tienen el efecto contrariado de dar por una parte realidad al sujeto en ese significante, y por otra parte irrealizar las relaciones que han de significarse (2003, págs. 673-674).

Resalta la paradoja: da realidad al sujeto siendo este mismo quien irrealiza las relaciones que el sujeto cree establecer, quedando él así en más, en el orden del desencuentro y el desacuerdo. Se convierte en un arriesgado y tortuoso camino el intentar hablar de relación sexual.

“El *falo como semblante* introduce silenciosamente una corrección en la concepción del *falo como significante* sostenida en el *paper* dedicado a su *Bedeutung* en 1958” (Braunstein, 2001b, pág. 117). La corrección a la que Braunstein se refiere es que el falo como semblante

presupone el sistema entero del lenguaje. Es decir, el lenguaje precede al falo, el falo es un significante entre la batería de significantes, uno de los significantes en el Tesoro del significantes. El falo como semblante, si bien no es el centro ni el principio del lenguaje sí es el centro y el origen de la estructura subjetiva; del sujeto del psicoanálisis (Braunstein, 2001b). ¿Cómo distinguir el concepto de falo como significante del falo como semblante? Se los puede distinguir en los momentos del desarrollo de la teoría de Lacan. En 1958 no introducía aún los cuatro discursos, menos aún el concepto de semblante por lo tanto no habría como distinguir uno de otro como si fueran opuestos o dos cosas distintas. La distinción radica en recalcar lo que Braunstein llama *la corrección a la significación del falo* que se inserta con la aparición de la teoría de los cuatro discursos y la creación del concepto psicoanalítico de semblante. Lacan plantea el concepto de falo como significante; como el significante privilegiado, en 1958 cuando escribe *La significación del falo*, y, es eso mismo lo que caracteriza al falo como significante; la posibilidad de construir significación. Lo que no puede decirse es que el falo no sea un semblante pues no hay discurso que no sea del semblante, y, el falo; como parte de la batería significativa, en tanto se encuentra articulado en el discurso es semblante. El falo ni siquiera en la *Bedeutung* tiene significación sino que es el significante que permite la creación de significación y sentido. El falo como semblante, no se caracteriza por ser el significante privilegiado de esa marca, sino que es el sentido (*Sinn*) adquirido por estar siempre remitido a la significación que otorga el significante fálico (Φ) al que remite la palabra articulada en el discurso. El falo como semblante es el falo del que se habla, es el falo hablado, el falo del discurso, es el falo que se puede decir de muchas maneras pero que, en tanto significante, es aquel perteneciente al subcapítulo anterior.

Introduce Lacan, en febrero de 1971, el término *instrumento fálico*. Éste no vuelve a aparecer en ningún otro momento de su enseñanza, sin embargo, ahí apunta que no es un instrumento como cualquier otro. El instrumento fálico de Lacan no es el pene, según él, éste “se determina por la ley, es decir, por el deseo, es decir, por el plus-de-gozar, es decir por la causa del deseo, es decir por el fantasma” (2009, pág. 65). El instrumento fálico no es parte del real, el instrumento fálico es aquel sobre el que recae el supuesto saber de la mujer que busca en él lo que no tiene, es decir ese hueso que le falta, que falta y que sólo la mujer que sabe puede encontrar (Lacan J. , 2003). Este saber del que habla Lacan debe entenderse como un saber supuesto, tanto por ella como por él. Así es como, la mujer es para el hombre la hora de la verdad. Es en esta posición de supuesto saber con respecto al falo que la mujer puede señalar la equivalencia entre el goce y el semblante:

Con respecto al goce sexual, la mujer está en posición de señalar la equivalencia entre goce y semblante. En esto yace la distancia a la que el hombre se encuentra de ella. Si hablé de hora de la verdad, es porque es esa a la que toda la formación del hombre está hecha para responder, manteniendo contra viento y marea el estatuto de su semblante (Lacan J. , 2009, pág. 33).

Se lee poco después:

[...] nadie conoce mejor que la mujer, porque en esto ella es el Otro, lo antagónico del goce y del semblante, porque ella presentifica que sabe, a saber, que goce y semblante, si se equiparan en una dimensión de discurso, no se distinguen menos en la prueba que la mujer representa para el hombre, prueba de la verdad, simplemente, la única que puede dar su lugar al semblante como tal (Lacan J. , 2009, pág. 34).

En otras palabras, el falo como significante del goce normaliza el plus-de-gozar y es por su relación particular con el goce por lo que la mujer está posicionada en este lugar. Este lugar particular del que Lacan habla no es sino el lugar del Otro; la mujer está con respecto al hombre en el lugar del Otro sexo. De este modo, lo que se llama instrumento fálico que es, en la metáfora de Lacan, aquel hueso que le falta al órgano (y a todo hombre) es aquel que despierta el deseo del Otro, es decir, el deseo de la mujer. Si lo despierta existe y si existe lo hace como semblante, que, a su vez, está ubicado dentro de la lógica atributiva. El hombre tiene el falo, tiene el instrumento fálico y es hombre mientras lo posea, sin embargo, no lo posee si no lo dice el Otro; en este caso el Otro sexo (la mujer). En fin, dice Lacan, “He aquí el instrumento fálico planteado como ‘causa’ del lenguaje, no dije ‘origen’” (2009, pág. 66), de modo que el instrumento fálico no es sencillamente un semblante como cualquier otro; cumple una función única, nodal, indispensable en la construcción subjetiva de la estructura del sujeto del psicoanálisis y su sexuación.

El semblante, como elemento que canaliza el discurso “es el cuerpo en lo que tiene de representación” (Thompson, 2014). De modo que el cuerpo parece algo que no es y este parecer será lo que servirá de soporte del discurso, discurso que a su vez será el responsable de la posición subjetiva del sujeto; la posición sexuada siendo una de ellas. El semblante por excelencia que posiciona al sujeto en uno u otro lugar es el falo: teniéndolo, no teniéndolo o

pareciéndolo. Sucede así que en el cuerpo del ser humano macho, hombre, de genotipo XY, hay un pedacito de carne que no hay en el cuerpo del ser humano hembra, XX. Este órgano, el pene, introduce una asimetría irreductible: el que lo tiene es hombre y el que no es mujer. Hablando, por supuesto, en el sentido fenotípico, anatómico. El pene, elevado por el significante al registro de lo simbólico es aquel que se puede o no tener e incluso parecer. Es aquel alrededor del que se juegan los procesos de identificación del sujeto; remitiéndose a éste es como se posicionan dentro de lo femenino o lo masculino.

Cada ser humano, hombre o mujer, es un sujeto completo; completo en lo real. Esto quiere decir que no le falta nada en cuanto a su anatomía; son tal y como deberían ser. La falta estructural lo es en cuanto al falo simbólico (Φ), del que nada podríamos saber si no fuese por el semblante falo (ϕ) que se manifiesta en el discurso y da cuenta del deseo ($-\phi$). El discurso, según Lacan, no puede sino ser del semblante; el significante tiene entonces una dimensión de semblante por excelencia. De modo que el significante fálico, presente en todo aquello del orden del lenguaje, opera en la articulación del mismo, también, como semblante, mientras que así mismo opera en tanto significante, siempre y cuando esté velado; siempre y cuando esté oculto detrás de otra cosa, incluso de otra palabra.

El falo en tanto semblante es el que opera en la dialéctica del deseo. Según Braunstein:

[...] el falo de la madre es también semblante, y su condición de ausente no hace sino subrayar su condición de ficción, objeto creado por la Ley que es la del lenguaje. El falo Φ es un efecto de la Ley y no su causa. Su referente no es una ausencia sino la ausencia de referencia. Si se constata la ausencia del pene en la madre, y si eso tiene el valor traumático que la experiencia del análisis siempre confirma, es porque previamente se había establecido la premisa (discursiva, ¿cuál otra podía ser?) de la universalidad del falo (2001b, págs. 118-119).

En esta cita se distingue el significante fálico (Φ), cuyo referente es la ausencia de referencia, pues su único referente es él mismo; el significante mudo del que no sale ninguna palabra, el de la *Bedeutung*, del falo que es también semblante y como tal se escribe ($-\phi$). El Φ como efecto de la Ley lo es en cuanto a que va a permitir que funcione lo simbólico porque su causa es la represión, la amenaza de castración que se lee en Freud, y, en última instancia, la operación de la castración simbólica.

El falo se manifiesta en la clínica psicoanalítica, tanto de la vida cotidiana como en el diván, reconociéndolo como operación; como función operante de la estructuración del sujeto. No sucede sino partiendo de la clínica; de lo que el discurso en ella pone en evidencia; discurso desde donde, en retrogradiencia se descubre el falo como función operante, como anterioridad lógica del sujeto. No hay discurso que no sea del semblante y no hay clínica que no sea del discurso:

No hay discurso que no sea ‘del’ semblante en los dos sentidos del genitivo *de*. De subjetivo porque siempre es el semblante el que habla en tanto que agente. Y *de* objetivo, porque eso de lo que se habla, el objeto del discurso, es producido por el discurso mismo, es algo que no existiría, al menos de tal manera, fuera de la palabra que lo nombra y lo llama a la ex-sistencia” (Braunstein, 2001a, pág. 137).

Es importante mantener esto en cuenta. El discurso establece el lazo social, lazo que se establece entre los sujetos por estar todos en una posición subyugada a la Ley, Ley que según escribe Néstor Braunstein es Ley de la cultura (2001b).

En este punto, punto en el que introduce el instrumento fálico, Lacan, se topa con una imposibilidad: “No hay esperanza de lenguajear el instrumento fálico. Y porque considero que en este punto no hay esperanza, pienso también que no pueden sino difundirse en torno a tal tentativa más que malentendidos. Como ven, mi rechazo se ubica en un punto altamente teórico” (2009, pág. 66). Debido a que lo que caracteriza al falo es ser una *Bedeutung*, la única que hay, no es posible apalabrarlo, encontrar una referencia o significación a este concepto que se caracteriza por ser aquello de lo que no sale ninguna palabra. Hacerlo sería buscarle un más allá; estructuralmente y teóricamente imposible. Sin embargo, el falo, que se inaugura por su desaparición introduce al sujeto en el orden simbólico; en el orden de la palabra, Braunstein escribe: “La palabra es una impostura que se da por lo que no es igual que el falo, que ex-siste en tanto falta, de ahí que toda *Bedeutung*, toda significación sea significación fálica” (Braunstein, 2001a, pág. 142). Es así como Lacan determina la imposibilidad de apalabrar, de explicar o de darle sentido al falo. Sin embargo, el asunto no se queda ahí, Lacan hace un paso del instrumento fálico imposible de lenguajear a la función del falo, cuya importancia estructural en el devenir del sujeto es imprescindible en su desarrollo teórico sobre la sexuación durante los siguientes años de su enseñanza.

1.3 El falo como función operante de la estructuración del sujeto sexuado

En la enseñanza de Lacan, a partir de 1971, el falo se pierde en la función fálica. No es un pasaje abrupto e intempestivo, esta desaparición se da a través algunos pasajes lógicos. Aquel falo imposible de lenguajear, se propone como Φ_x . Entonces deja de ser el falo simbólico, el falo imaginario e incluso el falo como significante. El significante fálico desaparece en la función; dentro de la lógica del psicoanálisis lacaniano no tendría sentido sino en ella. De modo que el falo no opera como tercero entre el sujeto femenino y el masculino sino que opera ubicando a dicho sujeto en una u otra posición respecto al goce. Esto esclarece el que el falo no sea el significante de la falta, como insiste Lacan en su seminario 18. El falo no podría ser aquel tercero, obstaculizador, pues Lacan se mantiene firme en la definición que da a la relación, que es tal en tanto produce un tercer término. De modo que si entre hombre y mujer el falo fuera un tercero que hace de obstáculo para el encuentro o la relación sexual, entonces, efectivamente ésta existiría (Le Gaufey, 2007).

El falo, como función fálica, Φ_x , opera de tal modo que entre cada posición sexuada no hay complementariedad así como tampoco hay oposición. El falo como función operante en la estructuración del sujeto sexuado lo ubica, efectivamente en uno de dos lugares distintos en el que no hay encuentro sino con los distintos goces (goce fálico y goce del Otro) dependiendo el lugar en el que se ubica. El falo como función operante, entonces, fue un concepto que devino como tal principalmente en los años 1971 a 1973 de la enseñanza de Lacan, a lo largo de sus seminarios: “*De un discurso que no fuera del semblante*”, “*...O peor*” y culminando finalmente en el que denominó “*Aún*”, como una necesidad lógica de la que no escapa ni él ni el psicoanálisis lacaniano.

En la clase del 17 de febrero de 1971, Lacan, desmenuza en cuatro partes a la función fálica. La función fálica, primero, es la función que vuelve insostenible la bipolaridad sexual. Luego, también, al volverla insostenible, volatiliza todo lo que de ella puede escribirse. Volatilizar quiere decir transformar una sustancia en gas (Real Academia Española, 2014), Lacan utiliza esta palabra como metáfora de lo que sucede cuando se intenta decir algo de la relación sexual, más aún cuando se intenta inscribirla pues, como si se transformara una sustancia en gas, es imposible tomarla en las manos, imposible de escribir, incluso porque a diferencia del aire, no existe. En tercer lugar, ésta Φ_x apunta hacia una relación con el goce y no solamente con el pene. Y, como cuarto elemento de esta función, este goce; un goce

que se plantea constituyente de esta función constituyendo en ella es su condición de verdad (Lacan J. , 2009).

Plantear que el lenguaje [...] tiene reservado su campo en el hiato de esta relación sexual tal como lo deja abierto el falo. Lo que este introduce allí no son dos términos que se definen como macho y como hembra, sino esa elección que se produce entre términos de naturaleza y función bien diferentes, llamados el ser y el tener (Lacan J. , 2009, pág. 63).

Es importante destacar, de la cita anterior, que el lenguaje se sitúa en la hiancia abierta por el falo en lo que llaman relación sexual. Ahí no se introducen dos términos macho y hembra sino otros que se encuentran en otra lógica, en la lógica atributiva; entre el ser y el tener. ¿Por qué? Pues porque de lo que se trata con la cuestión del ser y el tener es de la castración y el falo que no puede separarse de esta situación no es solamente la función sino que también aparece como efectos de la castración simbólica en tanto aparece como semblante, órgano y significante. El falo como función operante; la función fálica, en cuanto opera, ella misma es la castración. Sin embargo, así, Φ_x , escrita en soledad es confusa pues se encuentra vacía y no dice nada. Es necesario, para que adquiera un sentido, para los sujetos a quienes les compete, que sea articulada con los cuantificadores convirtiéndose así en argumento.

Lacan está hablando de la castración; el falo operando como castración, deja una hiancia en la que hace morada el lenguaje que utiliza significantes. La hiancia, la castración, la ley de la prohibición incesto es lo que se instaure por la operación del falo, y el modo en que cada cual se reconozca frente a ella será lo que determine la estructuración de su sexuación. Sucede, entonces, una sustitución de la llamada relación sexual por la ley sexual puesto que no hay nada que pueda enunciarse sobre esta relación más que el hecho de que no existe a causa misma de la ley de la prohibición incesto, que serán para el uno y la otra algo distintas (Lacan J. , 2009). Citando a Braunstein:

El corte de la castración es completo, total, del lado del *hombre* que lo vuelca por el embudo habilitado en él por el órgano que lo representa [...]. El corte es incompleto en las *mujeres* que no tropiezan con el estorbo de un órgano que en su imagen corporal pone barrera al goce como semblante de falo; es un corte no-todo, un corte que, una vez efectuado, abre un más allá y remite al significante que falta en la batería

del Otro del lenguaje, al enigma de la feminidad, enigma desde el punto de vista del falo, claro está (2006, pág. 157).

La escritura de la función fálica empieza su recorrido en el psicoanálisis de Lacan. Sucede que para él ésta era una necesidad. No era una necesidad particular de él, es una necesidad lógica. ¿En qué consiste esta necesidad y por qué es necesaria? Consiste en la insistencia de lo real, en el hecho de que ella comanda toda función de significancia, haciendo de borde a lo Real; “Lo real es lo que ustedes encuentran justamente por no poder escribir cualquier cosa en matemáticas” (Lacan J. , 2009, pág. 29). De ahí la necesidad de escribir, necesidad que no va de redacción sino de matemáticas, matemáticas, grafos y funciones. Lo escrito es lo que está detrás, lo que funciona, subyace operando, estructurando, organizando a los seres parlantes². Solo por lo escrito, dice Lacan, se constituye la lógica, entonces, la necesidad por lo escrito es una necesidad por la lógica y la lógica es necesaria porque solamente sosteniéndose de ella es como se puede articular una hipótesis, como lo es, el sujeto de lo inconsciente y la no-relación sexual.

Lacan explica la función fálica a través de su *Seminario sobre la carta robada* que le servirá como metáfora de aquello mismo que busca cuando trae a colación durante su clase del 10 de mayo de 1971, en el Seminario 18, pidiendo que se remitan a él para el siguiente encuentro.

Desde la página 24 hasta tal página, verán cuando hablo de la circulación de la carta, del la manera que el Ministro se la sacó a la Reina, o en que Dupin toma la posta del Ministro, y de lo que supone como consecuencia ser el detentor de la carta. *Detentor* es una palabra graciosa, ¿no es cierto? Tal vez quiera decir tener la posibilidad de detonar, de distenderse. Verán que esta carta, de la que hablo desde esta página hasta esta página, soy yo quien la escribí. ¿Sabía acaso lo que hacía? Pues bien, no se lo diré. De lo que hablo es del falo. Y diré incluso más, nunca nadie habló mejor de él (Lacan J. , 2009, pág. 87).

² Vienen a ser los sujetos de lo inconsciente; atravesados por la palabra, a quienes Lacan llama también con su neologismo *parlêtre*.

La letra/carta (*lettre*) es Φ_x ; la función fálica que ordena pues ubica a uno y otro personaje del cuento de Poe en una u otra posición e incluso lugar. Luego, en la clase del 9 de junio de 1971, retomando su escrito sobre *La carta robada* dice lo siguiente: “¿Qué dije expresamente, para terminar con lo que señalé del efecto de la carta en *La carta robada*? Que ella feminiza a los que se hallan en posición de estar a su sombra” (Lacan J. , 2009, pág. 123). ¿Qué quiere decir que la carta, es decir el Φ_x feminiza, o más estrictamente, tiene un efecto feminizante?, ¿en qué consiste este efecto? Consiste en una particularización de cada sujeto, ubicándolo en uno u otro lugar simbólico en el que le será posibilitado adquirir uno u otro sentido. De ahí que Lacan de un salto, no tan descabellado hacia las proposiciones universales y particulares de Aristóteles, de las que se mudará, luego para llegar a la lógica de los cuantificadores, donde escribe y dibuja la distribución de los cuantificadores que, se sabe, son los que utiliza para la distribución de los goces y las posiciones sexuadas a las que pueden o no adscribirse los sujetos.

En la clase del 19 de mayo de 1971, escribe por primera vez los cuantificadores con la Φ_x como tal, haciendo un cambio, escribe la negación sobre los cuantores. Escribe la negación del cuantificador universal y del cuantificador existencial. Podría decirse que es el tercer pasaje que se puede demarcar: la negación de los cuantificadores anteriormente no contemplada que introduce dos tipos de negación. Desde este momento la función fálica no es ya la única responsable, no es el principio y el fin que explicaría la posición sexuada del sujeto. El uso que tiene Lacan para negar los cuantificadores y su relación con la función fálica constituirán las fórmulas de la sexuación, es decir, las posiciones sexuadas del psicoanálisis lacaniano tal como lo conocemos ahora. Luego de escribir la negación sobre los cuantificadores, Lacan dice, explicando lo que ha escrito:

Eso es. No dije si era inscribible o no. Pero, al expresarme así, enuncié algo que no tiene más referencia que la existencia de lo escrito. Para decirlo todo, hay un mundo entre las dos negaciones. Una hace que yo no lo escriba, que lo excluya. Como lo expresé en otro momento alguien que era un gramático bastante hábil, es forclusivo. La función no se escribirá. No quiero saber nada de eso. La otra es discordancial. No es en la medida en que habría un para todo x , $\forall x$, que puedo escribir o no Φ_x . No es en la medida en que existe un x , $\exists x$, que puedo escribir o no Φ_x . Esto es propiamente lo que nos ubica en el corazón de la imposibilidad de escribir lo que atañe a la relación sexual (Lacan J. , 2009, pág. 130).

Es importante destacar las dos formas de negación que el uso de los cuantificadores, como él mismo lo dice, permite (Lacan J. , 2012). Estas dos formas de negación son lo que resulta de la articulación de los cuantificadores con la función. La función es forclusiva en el caso del *al-menos-uno* y discordancial en el caso de *no-toda*. En la clase anterior, la del 17 de marzo de 1971, Lacan había escrito ya un primer cuadro de la lógica de los cuantificadores que, en la siguiente clase modificó escribiendo la negación no ya en el lado derecho sino en el izquierdo, es decir, en el lado del cuantificador y no de la función. Esta novedad de la que hace uso es lo que le permite decir ya de la imposibilidad de escribir la relación sexual justificándola lógicamente. El operador de esta imposibilidad lógica es Φ_x , que no anda solo y que no es un médium: el falo (Lacan J. , 2009).

Las fórmulas de la sexuación fueron introducidas, propiamente, por Jacques Lacan entre los años de 1971 a 1973, es decir, durante sus seminarios 18, 19 y 20. Fueron finalmente instituidas, en el *Seminario 20*, como fórmulas dentro de un cuadro donde se establecen las relaciones entre aquellos dos que se posicionan dentro de las fórmulas ya sea en lo masculino o en lo femenino. El falo como función operante, es decir, la operación de la función fálica es aquello que ordena y ubica a los sujetos de un lado u otro. Citando a Chemama y Vandermersch:

[...] si la sexualidad humana se define como subvertida de entrada por el lenguaje, el término que designa sus efectos no tendrá en sí mismo un valor masculino o femenino. Estará más bien constituido por un significante que representa los efectos del significante sobre el sujeto, es decir, la orientación de un deseo regulado por la interdicción (2010, pág. 615).

Este término no es otro que el significante fálico. Surge, entonces, una nueva problemática, si el falo es aquello que simboliza la castración para todo sujeto, ¿cómo sería posible que éste mismo pueda dividir el mundo de los sujetos en dos? La solución: la mujer no-toda, de modo que, la castración no opera igual del un lado del cuadro que del otro y esto es lo que marca la pauta que posibilita la división del mundo de los sujetos en dos; hombres y mujeres. Resulta, a este respecto, interesante la siguiente cita de Néstor Braunstein:

Ni las mujeres ni los hombres nacen como tales sino que llegan a serlo a partir de un acontecimiento inicial que es la atribución del sexo a un cacho de carne totalmente carente de representaciones. El Otro profiere en el momento del nacimiento una palabra, ‘varón’ o ‘mujer’, que hará las veces de destino más allá de la anatomía si viene al caso. El corte, el corte de la castración, es administrado por la palabra que secciona, sexiona, a los cuerpos arrojándolos a la vida en una de las dos patrias irreconciliables y no complementarias de la especie (2006, pág. 140).

Escribe Guy Le Gaufey: “En el momento en que Lacan pretende pronunciarse – tardíamente – sobre la dualidad Hombre/Mujer, el sustantivo falo tiende a desaparecer, se halla mucho menos cargado conceptualmente y se torna adjetivo para calificar tanto una ‘función’ [...] cuanto un goce ” (2007, pág. 48). Lacan toma de Frege, a su modo, la cuestión de la función. En Frege, la función no es sino una puesta en relación de elementos pertenecientes a series disyuntas. Por lo tanto la función fálica es la escritura de una relación que no es la sexual: “La función fálica designa en adelante la relación de cada ser hablante, cada *parlêtre**, con el goce que llega a rozar por el lenguaje” (Le Gaufey, 2007, pág. 81). La función del falo no pone, entonces, en relación el sujeto de un sexo con el otro. El falo como función operante ubica al sujeto en relación con el goce de un modo u otro.

Lacan introduce, con la escritura de las fórmulas, la lógica del no-todo, o como la llamará él mismo en distintos momentos de su Seminario 19, la función del no-todo. La serie de Fibonacci que Lacan ofrece como metáfora para elaborar la relación del significante y el objeto *a* entre los años 1961 y 1967, es una primera aproximación hacia esta lógica y funcionamiento del no-todo (Le Gaufey, 2007). Según Guy Le Gaufey, el movimiento lógico que realiza Lacan; los pasajes mencionados al principio de éste subcapítulo, son complejos: “Lacan recuerda a Peirce, aún cuando se propone reescribir a Aristóteles [...] con la función y la cuantificación inventados por Frege” (2007, pág. 87). Sin embargo, escribiendo la negación del lado de los cuantificadores, negando la universal, en la negación discordancial, escribe no-todo-*x*. Lo siguiente es importante: “notodo no expresa que no haya nada sino que aquello que hay no conforma ningún todo” (Le Gaufey, 2007, pág. 93).

Escribe Lacan, finalmente, las fórmulas definitivas de la sexuación en las primeras lecciones del seminario “... *O peor*”, es decir, a fines del año de 1971.

La consistencia lógica que sostienen los desplazamientos a los que Lacan somete a las proposiciones radica en lo que, en su articulación, aparece como contrariedad (Oldenhove, 1987), es decir, las proposiciones (en este caso fórmulas) universales son ya falsas o verdaderas, dependiendo de si las proposiciones particulares (también fórmulas) lo son o no. De modo que las universales y las particulares pueden ser verdaderas o falsas alternativamente, mas no al mismo tiempo. Arriba se encuentran las esencias, necesariamente falsas, y, abajo, las existencias necesariamente verdaderas. Entre ellas, entonces, surge una relación de contrariedad que no hace sino afirmar, paradójicamente, las existencias:

Con Lacan, como con Epiménides, se mantiene en cambio una ambigüedad esencial en la medida en que, debido a la función (o al predicado) que está en juego, la verdad del enunciado particular no anula la verdad del enunciado universal puesto que por el contrario la funda precisamente porque la objetiva proporcionándole el existente que la enuncia, que presta su voz para la proliferación de esa universal en la cual sin embargo está faltando (Le Gaufey, 2007, pág. 183).

Es parte de la lucha de Lacan: una existencia sin esencia; una prevalencia de la existencia sobre la esencia cuya fortaleza toma de la tradición filosófica dominante (Le Gaufey, 2007).

Es más:

El punto que Lacan procura subrayar, en cambio, es que el cuantificador de la universal, \forall , no suscita ninguna necesidad en cuanto a la existencia, a la inversa del cuantificador precisamente llamado ‘existencial’, \exists , que implica la existencia de lo que luego en otro punto de su enseñanza el ‘al-menos-uno’, e incluso el *hommoizun* (Le Gaufey, 2007, pág. 87).

Arriba a la izquierda: la excepción que confirma la regla; el al-menos-uno para quien no funciona la castración (Φx), el padre mítico, en Lacan: “Es lo que se llama Padre, y por eso el Padre existe como Dios, es decir, no mucho” (2012, pág. 35), para el resto aplica la regla; abajo a la izquierda, $\forall x \Phi x$. Arriba a la derecha: la no excepción que no deja de ser negada por el no-todo con respecto a Φx . De este lado, “Con esas dos escrituras contradictorias, unidas en la misma deixis, Lacan plantea un orden de individuos que

escapan de toda colectivización que produciría su esencia [...]. De ahí surge la famosa frase ‘La mujer no existe’” (Le Gaufey, 2007, pág. 120). Así, entre ambas deixis queda imposibilitada cualquier complementariedad, cualquier consistencia en el espejo, de tal modo que no se oponen en perfecta simetría sino que se obstaculizan y se sostienen recíprocamente (Le Gaufey, 2007). Quedan escritas de la siguiente forma:

$$\begin{array}{cc|cc} \exists X & \overline{\Phi X} & \overline{\exists X} & \overline{\Phi X} \\ \forall X & \Phi X & \overline{\forall X} & \Phi X \end{array}$$

En lo que a la función fálica respecta Lacan toma de Frege el concepto de función, definida por Le Gaufey como:

[...] una especie de proposición que presenta siempre (por definición) un lugar vacío, que debe ser ocupado por un objeto para que dicha función se ponga en movimiento y albergue una significación, que a su vez posee (o no) una referencia, y con ello un valor de verdad (2007, pág. 164).

Sobre la función fálica, que se encuentra también bajo esta definición Fregeana de la función en el *Seminario 19*, Lacan escribe lo siguiente:

Lo que expreso mediante esta notación Φx es lo que produce la relación entre el significante con el goce. Esto quiere decir que x no designa más que un significante. Un significante puede ser cada uno de ustedes, precisamente en el nivel donde existen como sexuados (2012, págs. 31-32).

De modo que el sujeto encuentra su lugar en este lugar vacío (imprescindible para la escritura de una función) escrito como x en lo que compone la función fálica; la castración, es decir, el predicado de la proposición, así como en el sujeto de la misma que está escrito como universal o particular. Citando al mismo Lacan: “Lo que quiero decir simplemente es que lo que escribo Φx tiene por efecto que ya no se pueda disponer del conjunto de los significantes” (2012, pág. 33). Es evidente, de este modo, por qué escribe x para ambos

sexos; no existe sujeto que no esté sometido a la castración. Ahora bien, el modo en el que están sometidos a ella (como se lee anteriormente) en tanto sujetos sexuados es lo que los diferencia. La función, adquiriendo su sentido al inscribirse en cada uno de los cuatro argumentos y su articulación, marca el paso de este posicionamiento, pues, citando a Lacan: “El dominio de donde cada una de estas x toma valor no puede definirse más que a partir de la articulación de las cuatro conjunciones argumento-función bajo el signo de los cuantores” (2012, pág. 43).

Con respecto a las mujeres; a lo femenino del posicionamiento y estructura de estos sujetos, la cuestión de la castración se torna compleja puesto que ellas no son castrables (Lacan J. , 2012). “Lo tocante al valor sexual *mujer* se articula en la medida en que contingentemente la mujer se presenta como argumento de la función fálica” (Lacan J. , 2012, pág. 46), es decir, ella es no-toda con respecto a la función fálica. Esta contingencia en la que ellas se ubican es lo que les abre las puertas hacia un goce distinto, un goce que haría falta que no fuera ese (es decir el goce fálico, resultado de la operación de la castración) que es el goce suplementario, el goce femenino, el goce que finalmente en la enseñanza de Lacan se llama goce del Otro.

Del lado de los hombres, su posicionamiento y estructura se fundamenta en la excepción que es también el límite, el 0 de la función hiperbólica al que jamás se llega pero que permite contar, que sirve de fundamento, que funciona como borde. Es la excepción el límite que permite la serie la serie de varones y de mujeres (Le Gaufey, 2007). Es el al-menos-uno, lo que se lee en el lugar de la universal afirmativa ($\exists x \bar{\Phi x}$), la excepción que confirma la regla que viene a ser la existencia ($\forall x \Phi x$). El hombre en su *partenaire* busca y cree haber encontrado lo que le faltaba: el objeto a . Para él, entonces, ella y las que le sigan son inevitablemente escurridizas.

De modo que:

Esa Φx no es entonces una función de tipo ordinario. A condición de servirse, para articularla de un prosdiorismo, o sea de algo que no necesita tener de entrada sentido alguno y que es a su vez producto de la búsqueda de una necesidad lógica y nada más, el argumento de la función así señalada adquirirá significación de hombre o mujer según el prosdiorismo elegido, es decir, ya sea el existe o el no existe, ya sea el todo o el notodo (Lacan J. , 2012, pág. 54).

Efectivamente, la función fálica no es una función cualquiera. Escrita como está en la enseñanza de Lacan introduce una nueva lógica, la lógica que Le Gaufey ha tomado a bien denominar lógica del notodo. La escritura y el movimiento que propone Lacan con las cuatro fórmulas de la sexuación anuncia y sostiene la imposibilidad de la complementariedad. Con ellas se escribe la consistencia lógica de la hiancia, la abertura, la falla, la falta en el sujeto que impide una completitud, un Todo, que haría quizá del sujeto un individuo, des-sujetándolo; quedaría como el sistema cerrado orgánico estudiado por la biología.

Las fórmulas de la sexuación inscriben la diferencia entre los *partenaires*, diferencia que los hace obstáculo mutuo (Lacan J. , 2012). Según Lacan:

En el nivel de lo que funciona, es decir, de la función fálica, hay meramente esa discordia que acabo de recordar. O sea que de uno y otro lado no estamos – por esta vez – en la misma posición. De un lado tenemos el universal fundado en una relación necesaria con la función fálica, y del otro lado una relación contingente, porque la mujer es *no toda* (2012, pág. 102).

Quedan entonces las fórmulas escritas y articuladas en la siguiente figura del Seminario 19:

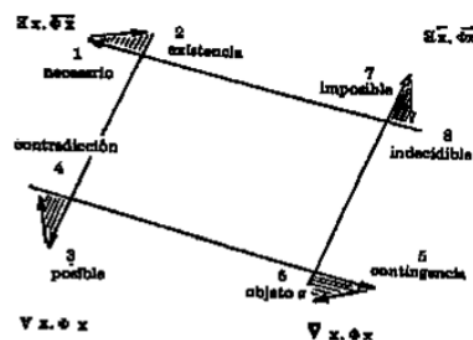


Imagen 1. Una especie de circulación en la articulación de las cuatro fórmulas de la sexuación (Lacan J. , 2012, pág. 203).

Según Lacan, con esta imagen lo que queda pendiente es saber cómo funcionaría algo semejante a una circulación, y, lo explica de la siguiente manera:

En cuanto a lo que necesita la existencia, partamos de la brecha de lo indecible, entre el *no-todo* y el *ni-una* [*pas-une*]. Después, eso lleva a la existencia. De ahí, al hecho de que todos los hombres están sometidos a la castración. Eso lleva a lo posible, pues lo universal nunca es otra cosa. Cuando ustedes dicen que *todos los hombres son mamíferos*, eso quiere decir que todos los hombres posibles pueden serlo. Y después, ¿a dónde lleva? Conduce al objeto *a*. Con el objeto *a* estamos en relación. Y después, ¿a dónde va? Conduce adonde la mujer se distingue por no ser unificante. No queda más que completar aquí para ir hacia la contradicción y regresar al *no-todas*, que en suma no es otra cosa que la expresión de la contingencia (Lacan J. , 2012, pág. 205).

Lacan, trazando así una circulación entre los cuantores da cuenta, aún sin decirlo expresamente, del valor que tomaría *x*, que, como reza una anterior cita del mismo autor, no puede decirse qué es sino a partir de la articulación de los cuatro cuantores. Ahora bien, esta cuestión no se esclarece sino con la tabla de las fórmulas de la sexuación y las relaciones que puede establecer el sujeto sexuado posicionado en una de las dos deixis.

Sucede entonces que en la discordancia que se establece entre los sujetos sexuados, se funda la oposición y el desencuentro que caracteriza lo que se empeñan en llamar relación sexual y a la que Lacan destina el nombre de no-relación sexual.

La discordancia es pues debido a la operación de la función fálica que ubica a tal o cual sujeto de un modo diferente frente a los distintos goces teorizados. Jacques Lacan escribe en su Seminario 20 “*Aún*”, en la clase del 13 de marzo de 1973, sobre el pizarrón un cuadro que parece devenir del señalamiento de una circulación en lo que ha escrito ya como las cuatro fórmulas de la sexuación, y que es el siguiente:

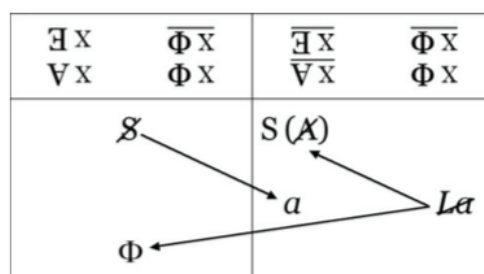


Imagen 2. *Tabla de la sexuación en: “Una carta de amor”* (pág. 95).

Bajo este cuadro escribe lo siguiente: “Con lo que acabo de escribir en la pizarra podrían creerse que lo saben todo. Hay que cuidarse de ello” (Lacan J. , 2014, pág. 95).

Arriba están escritas ambas deixis, las consabidas fórmulas de la sexuación. Están las cuatro ubicadas por Lacan dentro de la lógica modal, la lógica de lo necesario, lo imposible, lo posible y lo contingente. Es en lo que respecta a la articulación de la escritura del falo en sus distintas formas como se sitúa cada una de las fórmulas en cada una de las modalidades. Lacan lo hace de la siguiente manera: “Al falo – tal como el análisis lo aborda en tanto que punto clave, puesto extremo de lo que se enuncia como causa del deseo – la experiencia analítica cesa de no escribirlo. En este *cesa de no escribirse* radica el filo de lo que he llamado contingencia” (Lacan J. , 2014, pág. 113). En la modalidad de lo necesario: “[...] nos introduce el *no cesa*. El *no cesa* de lo necesario es el *no cesa de escribirse*. A esta necesidad, en efecto, nos lleva aparentemente el análisis de la referencia al falo” (Lacan J. , 2014, pág. 114). Finalmente, en cuanto a lo imposible: “El *no cesa de no escribirse*, en cambio, es lo imposible, tal como lo defino de que no pueda en ningún caso escribirse, y con ello designo lo tocante a la relación sexual: la relación sexual no cesa de no escribirse” (Lacan J. , 2014, pág. 114).

En un corto paréntesis, el goce:

El concepto de goce en psicoanálisis no es cosa fácil de definir, presenta, aún hasta ahora interrogantes, dificultando la posibilidad de definirlo a modo de diccionario.

“*Im Anfang war des Genuss* (En el principio era el goce)” (Braunstein, 2006, pág. 13), así empieza Braunstein su libro *El goce*, ahora su equivalente: en el principio era la Cosa (el *das Ding* de Freud). En el principio eran la madre y el falo (el hijo). “El goce es lo que se escurre del discurso, mas sin embargo ese objeto inefable es la sustancia misma de la que se habla a todo lo largo de un análisis y, trataré de mostrarlo, aquello de lo que hablaba siempre y desde siempre el discurso del psicoanálisis” (Braunstein, 2006, pág. 14). El goce es el polo opuesto del deseo que tampoco es placer. El goce es goce del cuerpo, ubicado “más allá del principio del placer”, es lo que da cuenta de lo que había antes de la palabra, la Cosa, y lo que se reconstruye y representa a través de la palabra de modo que, por ella algo de él se puede saber. Así que “el goce no puede ser abordado sino a partir de su pérdida, de la erosión del goce producida en el cuerpo por lo que viene del Otro y que deja en él sus marcas” (Braunstein, 2006, pág. 26). Es más: “Faltan las palabras para simbolizar esto que por las

palabras mismas llega a producirse como lo imposible, lo real, el goce” (Braunstein, 2006, pág. 28).

Lacan distingue dos goces; el goce fálico y el goce del Otro. Ambos en escena en lo que respecta a lo que la tabla anterior inscribe. El goce fálico, según Braunstein: “se inscribe en la articulación de lo real, de lo que resta de la Cosa una vez que se ha desplazado al deseo, y lo simbólico, lo que puede componerse por medio del apalabramiento del goce ordenado por el significante. Entre un Otro y otro donde el sujeto ha de inscribirse” (2006, pág. 107). Es decir que el goce fálico es aquel que se ordena por la función fálica en la operación de la castración, de modo que, el goce fálico puede describirse como ese resto que pulsa incesantemente tras la interdicción impuesta por la ley de prohibición del incesto a lo largo del devenir y el sepultamiento del complejo de Edipo (propuesto por Lacan en tres tiempos). Por lo tanto, es goce palabrero; ordenado por el significante, articulado. Sin embargo, Lacan propone que hay un *más allá* del goce fálico, uno al que denomina de múltiples maneras pero cuyo nombre en lo que respecta a la posición sexuada del sujeto; del sujeto femenino, es el goce del Otro. Es un goce más allá del goce fálico que hace su aparición debido a la experiencia psicoanalítica de la mujer no-toda:

Que todo gira en torno al goce fálico, de ello da fe la experiencia analítica, y precisamente porque la mujer se define con una posición que señalé como el *no todo* en lo que respecta al goce fálico.

Llegaría más lejos todavía: el goce fálico es el obstáculo por el cual el hombre no llega, diría yo, a gozar del cuerpo de la mujer, precisamente porque de lo que goza es del goce del órgano. (Lacan J. , 2014, pág. 15).

El asunto se complica entonces, cuando Lacan, decide nombrar este goce distinto del fálico; del que adviene por la inscripción del sujeto en el lenguaje, como *del Otro*. El Otro, nada sencillo de articular, lo es peor aún con el *del* que le antecede.

El Otro, tomando el trabajo de definición que realizan Chamama y Vandermersch es: “Lugar en el que el psicoanálisis sitúa, más allá del compañero imaginario, lo que, anterior y exterior al sujeto, lo determina a pesar de todo” (2010, pág. 488). El Otro, propone Lacan en su *Seminario 10: La angustia*, es ese a quien el sujeto se dirige con la pregunta: “Me pides esto, pero, ¿qué me quieres?”. El Otro; no por nada el gran Otro en realidad, es la alteridad; es, al

mismo tiempo, la ley que separa al sujeto de la Cosa y de aquel goce mismo de lo prohibido (Chemama & Vandermersch, 2010).

El goce del Otro es un goce más allá del goce fálico, es el goce al que Lacan se refiere cuando dice: “Si hubiese otro [goce], haría falta que no fuese ese [el goce fálico]” (2014, pág. 76).

Conviene leer la cita completa:

Si hubiese otro, haría falta que no fuese ese.

¿Qué designa el *ese*? ¿Designa lo que, en la frase, es el otro, o aquel del cual partimos para designar a ese otro como otro? Lo que aquí digo se sustenta a nivel de la implicación material pero no hay sino goce fálico – a no ser por el que la mujer calla, tal vez porque no lo conoce, el que la hace no-toda. Es falso que haya otro, lo cual no impide que sea verdad lo que sigue, a saber, que haría falta que no fuese ese.

Ven que es enteramente correcto. Cuando lo verdadero se deduce de lo falso, vale. La implicación cuadra. Lo único que no se puede admitir es que de lo verdadero se siga lo falso. No esta mal, la lógica. El que se hayan percatado de esto ellos eran cosas que no tenían relación con el goce. Basta con rehabilitar esos términos. Es falso que hay otro. Esto no nos impedirá jugar con equívocos una vez más a partir de *falso*, y decir que *haría falso* que no fuese ese. Supongan que haya otro, pero justamente no hay. Y por lo mismo, porque no hay, y que de ello depende el *que haría falta que no*, la cuchilla, pese a todo, cae sobre el goce del que partimos [el goce del Otro*]. Tiene que ser ese, por falta – entiéndase como culpabilidad – por falta del otro, que no es (Lacan J. , 2014, págs. 74-75).

Así, quedan delineados (lógicamente) dos goces: el goce fálico y el goce del Otro; goces que hacen de las mujeres sujetos escurridizos, imposibles de alcanzar:

La persecución de Aquiles a la tortuga expresa los impasses del encuentro entre un hombre y una mujer. Cuando el hombre intenta alcanzar a una mujer, como ella es *no toda, no toda suya*, nunca logra alcanzarla. El goce fálico funciona como obstáculo para alcanzar a la mujer: solo goza de su órgano y ella queda más allá con su Otro goce (Tendlarz, 2013, pág. 141).

Así lo pone Silvia Tendlarz, recordando lo dicho por Lacan con respecto a lo que toma de Zenón, a saber, el mito de Aquiles y la tortuga que narra la imposibilidad de la que está preso Aquiles en sus intentos de alcanzar a la tortuga:

Aquiles y la tortuga, tal es el esquema del gozo del un lado del ser sexuado. Cuando Aquiles ha dado su paso, terminando su lance con Briseis, ésta, como la tortuga avanza poco, porque es *no toda*, no toda suya. Todavía queda. Y es necesario que Aquiles dé el segundo paso, y así sucesivamente. Hasta es así como en nuestros días, pero sólo en nuestros días, se llegó a definir el número, el verdadero, o para decirlo mejor, el real. Porque Zenón no había visto tampoco que la tortuga está preservada de la fatalidad que pesa sobre Aquiles; también su paso es cada vez más pequeño y nunca llegará tampoco al límite. Un número se define allí, sea cual fuere, si es real. Un número tiene un límite, y en esta medida es infinito. Aquiles está muy claro, sólo puede sobrepasar a la tortuga, no puede alcanzarla. Sólo la alcanza en la infinitud (Lacan J. , 2014, págs. 15-16).

¿Cómo y por qué se les escapan las mujeres? Por su condición *no todas* frente al goce fálico, por su condición de *aún*, más allá *aún*, y a veces, ¿por qué no?, peor *aún*. Para trabajar estas interrogantes es necesario remitirse a las tablas de la sexuación, no solamente a las fórmulas (escrituras lógicas de las dos posiciones sexuadas con respecto a la castración), sino a lo que Lacan ha escrito debajo de ellas y con ello dejando claro que están subrogadas a ellas. La escritura de las tablas de la sexuación como las presenta en el *Seminario 20*, seminario donde trabaja particularmente la cuestión del goce, muestra las formas de relación que tienen unos y otros sujetos posicionados femenina o masculinamente con respecto al goce, o, al goce que les es propio (remitirse a la tabla de la página 25). Aquí la explicación textual de dicha escritura:

Del lado del hombre inscribí, no ciertamente para privilegiarlo en modo alguno, el \$, y el Φ que como significante es su soporte, lo cual se encarna igualmente en el S_1 , que, entre todos los significantes, es el significante del cual no hay significado, y que, en lo que toca al sentido, simboliza su fracaso. Es el medio-sentido, la indecencia por excelencia (*l'indé-sens*), o si se quiere, la reticencia (*le réti-sens*). Esta \$ acompañada así por ese doble, ese significante del que en suma ni siquiera depende, no tiene que ver, como pareja, sino con el objeto *a* inscrito del otro lado de

la barra. Sólo por el intermedio de ser la causa de su deseo le es dado al otro alcanzar su pareja sexual, que es el Otro (Lacan J. , 2014, pág. 97).

El sujeto masculino se dirige, entonces, hacia el objeto a que la mujer, a sus ojos, encarna. De modo que la cita anterior explica la razón por la cual para el hombre, la mujer, debe ser la causa de su deseo, debe asemejarse al objeto a , debe portar su brillo. Por eso escribe del lado del hombre $\$$; el sujeto en falta que está en búsqueda constante del objeto a . ¿Se enamora entonces el hombre de un fantasma? Efectivamente, pero también lo hacen las mujeres. ¿Qué dice Lacan con respecto a ellas en este espacio de los vectores? Lo siguiente:

La mujer tiene relación con el significante de ese Otro, en tanto que, como Otro, éste nunca deja de ser Otro. Doy por sentado que aquí evocarán $S(A)$ mi enunciado de que no hay Otro del Otro. El Otro, ese lugar donde viene a inscribirse todo lo que puede articularse del significante, es, en su fundamento radicalmente el Otro. Por eso, el significante, con los paréntesis, señala al Otro como tachado .

¿Es concebible que el Otro sea en alguna parte aquello mediante lo cual se relaciona la mitad de los seres que hablan, ya que ésta es más o menos la proporción biológica? Pues no es otra cosa lo que está escrito allí en la pizarra con esa flecha que parte del La . Ese La que no puede decirse. De la mujer nada puede decirse. La mujer tiene relación con $S(A)$, y ya que en esto se desdobra, no-toda es, ya que, por otra parte, puede tener relación con Φ (2014, pág. 98).

La mujer, con el artículo en mayúsculas y tachado con la barra oblicua, designa a las mujeres, una por una, divididas en el goce. Es decir que para las mujeres, en tanto son no-todas, presentan una duplicidad entre el goce fálico y el goce suplementario; el goce del Otro situado en lo que Lacan escribe como $S(A)$. Según Tendlarz: “La mujer barrada tiene entonces un doble vector en las fórmulas. Miller indica que en el lado femenino el sujeto se ubica en el lugar del La Mujer, conservando la tachadura del $\$$ y dejando caer la S ” (Tendlarz, 2013, pág. 145). En su relación con el falo, no teniéndolo, y al jamás haberlo tenido por privación, el sujeto femenino se incluye en la dialéctica fálica buscando en el hombre el significante fálico. Sin embargo, lo que la diferencia radicalmente de los hombres

es la relación que sostiene con $S(A)$; aquel en el que se sitúa el goce del Otro, y que determina eso infinito e indecible que estructura a *La* Mujer, es decir, el sujeto sexuado femenino.

Ahora bien, ¿a qué se refiere con la escritura del phi mayúscula (Φ)? Esta escritura designa al falo como el significante que no tiene significado y que encuentra su soporte en el goce fálico, goce que Lacan llama también el goce del idiota (Lacan J. , 2014). Etimológicamente, idiota viene de la palabra griega ἰδιώτης (idiōtēs) refiriéndose a las personas que no se ocupaban de asuntos públicos y solamente se dedicaban a sus propios intereses, mientras que, en latín quiere decir ignorante (Gómez de Silva, 1988). Estas etimologías hay que tomar en consideración para entender lo que Lacan denomina goce del idiota pues no es solamente haciendo referencia a la idiotez y, menos aún, a lo que ahora se llama discapacidad mental o intelectual, es mas bien, el goce masturbatorio.

En lo que cotidianamente se llama relación sexual, la no-relación sexual lacaniana, cada sujeto se encuentra a solas. El sujeto masculino a solas con el goce fálico, goza solamente de su órgano, de su cuerpo, mientras que el cuerpo del otro, que es además el Otro sexo, es inalcanzable pues en tanto Otro es inaprehensible. Los sujetos femeninos se encuentran también solos: al goce del Otro, ilimitado como es, no lo alcanzan así como tampoco pueden encontrar de una vez y por todas ese falo que haría del hombre el Uno; *haiuno*, efectivamente, pero ese hombre que han encontrado no es ese. No, no es ese, pero, parece.

Entonces la cosa no anda, pero, dice Lacan, anda de todas maneras:

En efecto, lo que constituye el fondo de la vida es que, en todo lo tocante a las relaciones de los hombres y las mujeres, lo que se llama colectividad es algo que no anda. No anda, y todo el mundo habla de ello, y gran parte de nuestra actividad se nos va en decirlo.

Esto no quita que lo único serio es lo que se ordena de una manera distinta como discurso. Y ello llega a englobar lo siguiente: esta relación, esta relación sexual, en tanto que no anda, anda de todas maneras, gracias a cierto número de convenciones, prohibiciones, inhibiciones, que son efecto del lenguaje, y que sólo han de tomarse de ese registro y de esa jaez (Lacan J. , 2014, pág. 44).

Entonces, asomándose tímidamente por la puerta, el amor hace su aparición dando esperanzas a unos y otros sujetos de que algo de esta no relación, de esta relación imposible, inexistente, puede haber. El amor es dar de lo que no se tiene a quien no lo es:

Por fuerza tengo que recordarles en este nivel, antes de retomarlo en la continuación de nuestro discurso, que el amor – se lo he dicho siempre y lo encontramos como una exigencia por todas partes – es dar lo que no se tiene – y sólo se puede amar si se hace como si no se tuviese, aunque se tenga. El amor como respuesta implica el domino de no tener (Lacan J. , 2006, pág. 396).

Esta cita, aunque tomada de un seminario de una década anterior se sostiene perfectamente en lo que las fórmulas planteadas y sus efectos articulan. En la dialéctica del amor, normatizado de una u otra forma, el hombre da lo que no tiene, el falo (simbólico), a quien no lo es, es decir, a la mujer quien en tanto *La* no solamente se le escapa al hombre sino que no es lo que él busca, no es el objeto *a*. Es más, ella, tomada como objeto está condenada a no ser suficiente, a fallar: “El objeto es una falla. La esencia del objeto es fallar” (Lacan J. , 2014, pág. 73).

En fin, escritas y dispuestas como están por Lacan las fórmulas de la sexuación dan cuenta de la imposibilidad de la relación sexual, de la soledad a la que se ven enfrentados hombres y mujeres quienes terminan, en última instancia, alienados con su goce (sus goces en el caso de las mujeres). La función fálica, como operador dentro de cada una de estas escrituras es responsable del posicionamiento sexuado del sujeto, es decir, de su estructuración, como sujeto de lo inconsciente (siempre castrado; atravesado por el lenguaje) que no puede ser, también, sino sujeto sexuado.

CAPÍTULO 2: EL CONCEPTO DE FALO EN LA OBRA DE FREUD

Imprescindible Freud. Imprescindible la lectura de su obra. El rigor en el estudio de la teoría psicoanalítica exige el trabajo de lo que ha escrito. Freud, el padre del psicoanálisis, entonces, no ha perdido ni pierde vigencia, recordando que la lectura que ahora se puede hacer de sus obras es exactamente eso: la que se puede hacer ahora.

Imprescindible entonces la lectura sobre el concepto de falo en la literatura de Sigmund Freud. A esta necesidad, cuya falta es impensable, corresponde el presente capítulo.

2.1 El malentendido falo como órgano

No ha sido difícil para algunos lectores de Freud entender equivocadamente el concepto de falo. Lo han entendido en una estricta equivalencia con el pene, incluso, con el órgano genital masculino. De tal modo que para el lector *light*, la teoría de Freud, sin excluirlo a él, es tildada en el sentido peyorativo del término como falicista, es decir machista al punto denigrativo de la mujer. Si se juega a contar, el número de veces que Freud escribe pene se evidencia mucho más alto que la escritura de falo. Sin embargo, es el mismo Dr. Freud quien subraya la diferencia y delinea el sentido al que se dirige con el concepto de falo tanto por sí mismo como en sus distintas articulaciones.

En 1905 se publica, por primera vez, *Tres ensayos de teoría sexual*. Este texto en particular, así como la teoría sexual de Freud; de la que no escapa el concepto de falo en su devenir, sufrió varias ediciones, correcciones y notas añadidas por el mismo autor durante los siguientes 18 años. Fue entonces, 18 años más tarde, en 1923 que se imprimió *La organización genital infantil*, texto en el que Freud introduce el falo, ubicándolo dentro de lo que él denomina la fase fálica (Freud, 2010c). A partir de este viraje conceptual, Freud corrige textos anteriores.

Freud ignoraba, lógicamente, sin hacer mella su genialidad y por obvias razones, la teoría del significante que introdujo Lacan. Y para él, para el Freud médico y científico, había que llamar las cosas por su nombre. Así sucede que utiliza la palabra pene, las más de las veces, para designar lo que actualmente en psicoanálisis lacaniano es el concepto de falo. Incluso, en su *Análisis de la fobia de un niño de cinco años* de 1909, muy sabiamente, toma la palabra que ha escogido su pequeño paciente, a saber el *hace-pipí*. De hecho, una de las correcciones más relevantes que hace a sus textos se encuentra en esta obra. A lo largo del caso, el pequeño

Hans, trae constantemente a colación el *hace-pipí*; que no es sino lo que él entiende como pene y su tremenda importancia. Es entonces que Freud hace, en 1923, la anotación antes mencionada:

Más tarde (1923e) he puesto de relieve que el período de desarrollo sexual en que se encuentra nuestro pequeño paciente se singulariza por tener noticia de *un* genital solamente, el masculino; a diferencia de futuro período de la madurez, no hay aquí un primado genital, sino un primado del falo (Freud, 2000a, pág. 90).

El falo, no es, por tanto el pene en sí. El falo fue entonces, como lo leemos ahora, elevado a rango de significativo. No lo sabía de esta forma, claro está. Sin embargo, el concepto de falo surge en la obra de Freud tras años de trabajo sobre la sexualidad infantil y las estructuras psíquicas que de ella se desprenden tal como él las constata en la clínica; su clínica. Según Juan David Nasio:

El término «falo», rara vez utilizado en los escritos freudianos, es empleado en ocasiones para nombrar el «estadio fálico»; momento particular del desarrollo de la sexualidad infantil durante el cual culmina el complejo de castración. Freud utiliza con más frecuencia la palabra «pene» cada vez que tiene que designar la parte amenazada del cuerpo del varón y ausente del cuerpo de la mujer (Nasio, 1996, pág. 45).

El concepto de falo para Freud, entonces, se esclarece al reconocerlo en lo que él desarrolla como la fase fálica. Según Chemama y Vandermersch:

El estadio fálico es la fase característica de la acmé y de la declinación del complejo de Edipo, marcada por la angustia de castración. Tanto en la niña como en el varón, este estadio sucede a los estadios oral y anal en una unificación de las pulsiones parciales en la región genital representada por el falo. Para los dos sexos, tenerlo o no tenerlo es la alternativa característica de este estadio (2010, págs. 226-227).

De modo que el falo es aquel *representante* sobre el cual opera la castración y se desarrolla el complejo de Edipo, tal como los reconocemos en Freud, es decir, sobre el cual recae el

influjo de la *amenaza de castración* para el niño y de la envidia del pene (*penisneid*) para la niña. Si es el *representante* debe tomárselo en su calidad de instancia simbólica e imaginaria, dejando atrás al pene como órgano, después de haberlo separado del cuerpo y, por ponerlo de alguna manera, haberle dado vida propia.

Es la investigación sexual infantil, la curiosidad sexual de los niños; novedad que Freud trae en sus postulaciones de 1905, el entramado que da cuenta de esta representación del pene y de su importancia en el desarrollo sexual, es decir, como lo plantea a partir de 1923, de la primacía del falo. De modo que el pene, tremendamente importante en las teorías sexuales infantiles, es una especie de personaje imaginario. Lo importante es que no es aquello que tienen o no tienen sino aquello que son capaces de separar e imaginar dentro de una u otra fantasía o teoría. Así, el pene, no es simplemente el cachito de carne que a la niña le falta y que el hermanito tiene sino que se convierte en este símbolo que en Hans ordena el mundo y determina el modo en el que ellos y ellas son castrados o les sobreviene el complejo de castración (Freud, 2000a).

Es posible, después de este pequeño recorrido del falo en Freud, articular correctamente los conceptos de pulsión, libido, castración y complejo de Edipo con el de falo. Una de las críticas más importantes que se le hizo a Freud, incluso cuando vivía, fue con respecto a la aseveración de que toda libido es siempre masculina. Lo escribe en 1905, cuando, trabajando sobre el desarrollo sexual de niños y niñas (articulando sus semejanzas y, sobre todo, sus diferencias) en su devenir femenino o masculino, establece lo siguiente:

La sexualidad de la niña pequeña tiene un carácter enteramente masculino. Más aún: si supiéramos dar un contenido más preciso a los conceptos de «masculino» y «femenino», podría defenderse también el aserto de que la libido es regularmente, y con arreglo a ley, de naturaleza masculina, ya se presente en el hombre o en la mujer, y prescindiendo de que su objeto sea el hombre o la mujer (Freud, Tres ensayos de teoría sexual (1905), 2008, pág. 200).

Según Silvia Tendlarz, Freud, en el texto citado anteriormente, sostiene sin lugar a duda y sin retractarse ni corregirse después (como lo hizo en otras ocasiones con respecto a otros postulados de su teoría sexual) que la libido es estrictamente masculina sin importar que se presente en el hombre o la mujer debido a que la pulsión, de la que la libido en sus distintas manifestaciones da cuenta, es siempre activa, y en tanto tal, fálica, es decir, masculina

(2013). No se ha escrito peniana, pues no lo es. La libido, fálica; sexual, activa, de Sigmund Freud no es una libido del pene, y, por lo tanto no pertenece exclusivamente a quienes el mundo actual ubica con el nombre de *género masculino*. Según Juan David Nasio:

Cuando Freud insiste en el carácter exclusivamente masculino de la libido, de lo que se trata no es de libido peniana sino de libido fálica. Es decir que el elemento organizador de la sexualidad humana no es el órgano genital sino la *representación* construida sobre esa parte anatómica del cuerpo (1996, pág. 46).

La fase fálica, es entonces un punto crucial de la teoría psicoanalítica en la que, según Le Gaufey: “Freud instaure allí una especie de tronco común para el muchacho y para la chica, ya presente en los *Tres ensayos de teoría sexual* de 1905, que se basa de hecho en la concepción de una libido que sólo se relaciona con un sexo, el masculino” (Le Gaufey, 2007, pág. 35).

Otra de las críticas más comunes que se le ha hecho a Freud y la teoría psicoanalítica es la universalidad del falo, según el psicoanálisis lacaniano la universalidad del falo es, en un sentido más riguroso, la universalidad del significante fálico y de aquello que se le desprende; el goce fálico. Sin embargo, ya en Freud, existe una universalidad del falo en tanto es bajo su representación bajo la cual caen, en última instancia todas las pulsiones de tal modo que la libido es siempre fálica, siempre sexual. Además, en su texto de 1908, *Sobre las teorías sexuales infantiles*, Freud identifica como una de las tres teorías siempre presente en las inquisiciones y fantasías sexuales de los niños el hecho de que en primera instancia, todos los niños le atribuyen a todos los seres humanos un pene, el cual goza de ser la zona erógena rectora y así también el principal objeto autoerótico (Freud, 2000f). Será éste objeto, que desde Lacan se lo lee como el falo imaginario, sobre el que sobrevendrá el complejo de castración freudiano, la operación de la castración simbólica lacaniana en sus distintas modalidades. Estos modos son respectivos del niño y la niña, que son posteriormente con Lacan, de la posición femenina y la masculina.

En fin, el falo como concepto propuesto por Freud no puede ser limitado por la anatomía, es decir, la ciencia del cuerpo humano. De tal modo que el falo freudiano, aún sin conocer la teoría del significante propuesta por Lacan, concierne a una instancia distinta de aquella que la biología y la medicina denominan como pene; como órgano genital propio del macho. La instancia a la que concierne es aquella a la que Freud denomina *representación*.

Freud distingue, en *La represión*, representación {*Vorstellung*} de la agencia representante psíquica de la pulsión {*Repräsentanz*} (Freud, 2000c). *Repräsentanz*, en tanto representante, hace referencia a «estar en lugar de», es decir, es una presencia en el lugar de una ausencia. *Vorstellung* (representación), en el diccionario alemán-español Scultz, puede traducirse como una presentación, una representación, una imaginación o una idea (Pfeiffer, y otros, s/f). En cualquier caso hace referencia a un contenido conceptual. De modo que, Freud utiliza representación (*Vorstellung*) para referirse a un contenido idéico; conceptual, y representante (*Repräsentanz*) para referirse a lo que representa, es decir, la agencia representante que cumple la función de estar ahí donde falta aquello a lo que representa. Así, representante {*Repräsentanz*} y representación {*Vorstellung*} se conjugan en el acto de representar. El pequeño Hans, representa al falo: el *hace-pipí* es un representante cuya *representancia* tiene efectos muy particulares, estructurantes, en lo que respecta al complejo de castración cuyos efectos no son ponderables sino en *Nachträglichkeit*. La *representancia*, según el diccionario de Chemama y Vandermersch, es “La representación en tanto función, en el sentido de delegación” (2010, pág. 599). Añaden poco después:

Freud explica esta representancia psíquica en los textos de *Trabajos sobre metapsicología* «La represión» y «Lo inconsciente». La represión, lejos de aniquilar la representancia, la revela como representancia de la representación: «La represión originaria consiste en que la *psychischen (Vorstellungs-)Repräsentanz des Triebs* ve rehusada su asunción por lo consciente». Como anticipa esta formulación (por el paréntesis y el guión), la *Vorstellung* (representación) no es el único elemento de la representancia, otro elemento representa a la pulsión: el *quantum* de afecto ligado a la representación.

Es necesario subrayar el registro dinámico de esa representancia que «prolifera en la oscuridad» del inconsciente, pero también su registro económico, en el que Freud define la representancia como «moción de deseo», y la representación, como investidura de huella mnémica (Chemama & Vandermersch, 2010, pág. 599).

Es debido a esta función de representancia que la cura del pequeño Hans fue posible, sobreviniéndole por la fantasía triunfante del final de la fobia, donde el instalador, quitándole su *hace-pipí*, le da uno más grande (Freud, 2000a). Más vale no perder esto de vista, será un paso imprescindible en la elaboración lacaniana de la teoría del significante.

Entonces, el *hace-pipí*; la representación fálica de Hans tiene un valor simbólico e imaginario que ordena la realidad y que además lo ordena psíquicamente estableciendo la metáfora paterna, es decir, que se vuelve un elemento imprescindible pues es sobre este *hace-pipí* que debe entenderse como el *menos-phi* sobre el que opera la castración.

2.2 Consecuencias psíquicas de la primacía del falo

La primacía del falo, entendiéndola en las dimensiones sobre las que Freud la ubica, es sin duda, uno de aquellos descubrimientos cruciales del psicoanálisis en el trabajo sobre la pregunta del cómo del devenir psíquico de los sujetos. Las dimensiones en las cuales ubica Freud la primacía del falo son: la dimensión pulsional, la dimensión biológica, y, la dimensión de la *representancia* que ya antes se ha mencionado. Todas estas aparecen en el estadio fálico.

Estos estadios o fases propuestos por Freud no corresponden, necesariamente, a una organización o a un orden estricto y restrictivo cronológico. Los estadios freudianos son una descripción de las mociones pulsionales y sus efectos conocidos bajo el influjo del análisis; es decir, en retrogradiencia. De manera que es difícil ubicarlos con certeza en una especie de línea del tiempo aplicable a todos los seres humanos. Sin embargo, Freud señala, desde lo que ha podido evidenciar en su clínica, que cada estadio correspondería típicamente a una cierta edad, y, aún así, esto no quiere decir que haya un comienzo y un fin delimitado de cada una de ellas. La fase fálica, a este respecto, no es diferente.

El bebé ha de llegar a la fase fálica: a reconocer la primacía del falo, a que éste lo determine. ¿Cómo? Por diferentes mociones pulsionales estructurantes, principalmente aquellas correspondientes al autoerotismo (trabajado ya desde 1905) y al narcisismo (propiamente trabajado en 1914).

En el texto *Introducción al narcisismo*, Freud establece que el narcisismo tiene una responsabilidad ineludible en la diferenciación entre hombre y mujer, sobre todo en lo que respecta a su vida amorosa (Freud, *Introducción del narcisismo* (1914), 2000b). Escribe entonces que el recién nacido; el bebé, elige sus objetos sexuales tomándolos de sus experiencias de satisfacción. Luego, años más tarde, en 1924 en *El sepultamiento del complejo de Edipo* escribe que el primer objeto de amor para ambos sexos es la madre (Freud, 2010b). Antes de que todo esto suceda, el bebé, ha de adquirir un narcisismo

originario para lo que será necesario que sea *His Majesty The Baby* y así sustraiga la libido del mundo exterior, es decir, de la madre quien lo libidiniza. Por lo tanto, según Freud: “El narcisismo, en este sentido, no sería perversión, sino el complemento libidinoso del egoísmo inherente a la pulsión de autoconservación, de la que justificadamente se atribuye una dosis a todo ser vivo” (2000b, págs. 71-72). Sucede así que las pulsiones sexuales recorrerán un movimiento que irá desde la erogenización del cuerpo propio a la investidura libidinal de objetos, quienes serán los objetos hacia los cuales se dirigirán las pulsiones sexuales convirtiéndose en objetos de amor. No es sino sobre estas construcciones psíquicas sobre las cuales será posible que sucedan el complejo de castración y el complejo de Edipo, de modo que, se puede decir que esta construcción psíquica que Freud llama narcisismo es una predisposición necesaria; el escenario imprescindible sobre el cual actuarán las escenas de la obra entera que será el paciente en sus distintas formaciones psíquicas.

Sin mencionar los complejos anteriores, Freud se dispone a plantear dos tipos de elección de objeto: por apuntalamiento y narcisista. El primero se caracteriza por una elección del objeto de amor según el modelo de la madre, y, el segundo por una elección de objeto según la propia persona (Freud, 2000b). En última instancia, a pesar de esta división, la elección de objeto es siempre de algún modo narcisista. Aún así Freud endosará a los hombres en su mayoría el enamoramiento por apuntalamiento y a las mujeres el amor narcisista que, a su vez, se soportarán, como ya se verá, en el desarrollo teórico del complejo de castración y de Edipo en sus distintas formas para los niños y las niñas.

La predisposición bisexual, tempranamente propuesta por Freud, es, así como el narcisismo, una predisposición (valga la redundancia) psíquica descubierta por el psicoanálisis sobre la cual se construye la sexualidad humana. En *Tres ensayos de teoría sexual* la predisposición bisexual es trabajada, como característicamente lo hace el científico de Sigmund Freud, desde la biología y los estudios anatómicos. Sin embargo, es él mismo quien llega a la conclusión de que la anatomía, si bien parece sugerir la bisexualidad en cuanto a la atrofia de uno u otro de los caracteres sexuales orgánicos, no es suficiente para explicar la predisposición bisexual psíquica, que, guardando quizá alguna relación con la anatomía, tiene mayor relación con la pulsión y la elección de objeto en lo que él denomina (por ahora) un primer momento:

La experiencia recogida con los casos considerados anormales nos enseña que entre pulsión sexual y objeto sexual no hay sino una soldadura, que corrámos el riesgo de

no ver a causa de la regular correspondencia del cuadro normal, donde la pulsión parece traer consigo al objeto. Ello nos prescribe que debemos aflojar, en nuestra concepción, los lazos entre pulsión y objeto. Probablemente, la pulsión sexual es al comienzo independiente de su objeto, y tampoco debe su génesis a los encantos de éste (Freud, 2008, pág. 134).

De tal modo que esta independencia de la pulsión con el objeto da cuenta de una bisexualidad primera sobre la cual el infante deberá tomar una decisión, inconsciente por supuesto, así como determinada por los avatares de su vida psíquica. Es la fase fálica y la primacía del falo uno de aquellos avatares cruciales e ineludibles para la construcción de su sexualidad, es decir, de su heterosexualidad u homosexualidad postrera.

Son las teorías sexuales infantiles las primeras señales de la presencia de la primacía del falo. Siendo la primera de ellas su exponente:

La primera de estas teorías se anuda al descuido de las diferencias entre los sexos, que al comienzo de estas consideraciones destacamos como característico del niño. Ella consiste en *atribuir a todos los seres humanos, aun a las mujeres, un pene*, como el que el varoncito conoce en su cuerpo propio. Justamente en aquella constitución sexual que nos vemos precisados a reconocer como «normal», el pene es ya en la infancia la zona erógena rectora, el principal objeto sexual autoerótico, y es lógico que el alta estima de que goza se refleje en la incapacidad para representarse sin ese esencial ingrediente a un personalidad parecida al yo (Freud, 2000f, pág. 192).

Asimismo establece que, de constatar la ausencia de pene en la niña la teoría se modificará para decir que si no lo tiene, entonces, más tarde le crecerá (Freud, 2000f). El niño y la niña en este momento han separado el pene del cuerpo convirtiéndolo así en el falo, es decir, representante fálico; en su dimensión de representancia. Sobre él actúan en el niño y la niña lo que Freud denomina el quehacer onanista de los genitales característico de la infancia. La siguiente cita de 1923 articula los efectos de las mociones pulsionales, la elección de objeto, la primacía del falo dentro de lo que Freud llama la «organización genital infantil», es decir, la sexualidad infantil en tanto fenómeno psíquico:

Hoy ya no me declararía satisfecho con la tesis de que el primado de los genitales no se consuma en la primera infancia, o lo hace solo de manera muy incompleta. La aproximación de la vida sexual infantil a la del adulto llega más allá, y no se circunscribe a la emergencia de la elección de objeto. Si bien no se alcanza una verdadera unificación de las pulsiones parciales bajo el primado de los genitales, en el apogeo del proceso del desarrollo de la sexualidad infantil el interés por los genitales y el quehacer genital cobran una significatividad dominante, que poco le va en zaga a la de la edad madura. El carácter principal de esta «organización genital infantil» es, al mismo tiempo, su diferencia respecto de la organización genital definitiva del adulto. Reside en que, para ambos sexos, sólo desempeña un papel *un genital*, el masculino. Por tanto, no hay un primado genital, sino un primado del *falo*. (2010c, págs. 145-146).

Es sobre este falo; el de las teorías sexuales infantiles y el de la «organización genital infantil» sobre el que sobrevendrá (tanto para el niño como para la niña) el complejo de castración.

El complejo de castración es según Chemama y Vandermersch: “Para S. Freud, conjunto de las consecuencias subjetivas, principalmente inconsciente, determinadas por la amenaza de castración en el hombre y por la ausencia del pene en la mujer” (2010, pág. 74). No es nombrado como tal oficialmente hasta 1908 en el que se imprime por primera vez el texto *Sobre las teorías sexuales infantiles*. El escrito establece que es en el encuentro de la primera teoría sexual infantil con la ausencia del pene en la mujer y la madre, sobre la cual se edifica el complejo de castración: “Sagas y mitos dan testimonio del tumulto de vida de los sentimientos infantiles, del espanto que se anuda al complejo de castración, que incluso tarde es recordado por la conciencia con la correspondiente revuelta” (Freud, 2000f, pág. 193).

El complejo de castración en el pequeño niño, en el varón, no es igual que el que atravesará la niña, esto, según Freud, lo establece su propia anatomía. Al niño le corresponde la amenaza de castración y a la niña el *penisneid*, es decir, la envidia del pene. Además, no funcionan de igual manera ni en el mismo orden con respecto al complejo de Edipo con el que están intrínsecamente relacionados, incluso, irremediablemente anudados.

Para el niño pequeño:

La falta de pene es entendida como resultado de una castración, y ahora se le plantea al niño la tarea de habérselas con la referencia de la castración a su propia persona. Los desarrollos que sobrevienen son demasiado notorios para que sea necesario repetirlos aquí. Me parece, eso sí, que *sólo puede apreciarse rectamente la significatividad del complejo de castración si a la vez se toma en cuenta su génesis en la fase del primado del falo* (Freud, 2010c, pág. 147).

De modo que se articulan ya en Freud: narcisismo, pulsión, libido, elección de objeto, falo y castración. El niño, habiendo sido narcisizado y narsicizando su pene libidinizándolo por el encause de las pulsiones sexuales a él dirigidas lo ha separado, imaginariamente, de su cuerpo convirtiéndolo en un representante: el falo, el cual temerá le sea arrebatado. Alrededor del falo giran, desde entonces, las incidencias psíquicas que son determinantes en el devenir sexuado del niño articulándose con el complejo de Edipo. Sin embargo, la falta de pene no es entendida como el resultado de una castración sino hasta el momento en el que el niño la descubre en su madre:

[...] las personas respetables, como su madre, siguen conservando el pene. Para el niño, ser mujer no coincide todavía con la falta de pene. Sólo más tarde, cuando aborda los problemas de la génesis y el nacimiento de los niños, y colige que sólo las mujeres pueden parir hijos, también la madre perderá el pene y, entretanto, se edificarán complejísimas teorías destinadas a explicar el truco del pene a cambio de un hijo (Freud, 2010c, pág. 148).

Frente a esta evidencia de la falta del pene y al descubrimiento del cómo del nacimiento de los niños, se disuelven, en cierto sentido, las teorías sexuales infantiles. “La observación que por fin quiebra la incredulidad del niño es la de los genitales femeninos. [...] Pero con ello se ha vuelto representable la pérdida del propio pene, y la amenaza de castración obtiene su efecto con posterioridad {*nachträglich*}” (Freud, 2010b, pág. 183). La ausencia, que el niño no puede desmentir ya más, establece un lazo que le permite al niño *representar*, como escribe Freud en *El sepultamiento del complejo de Edipo* (1924), la posibilidad de la pérdida del propio pene y es por esta razón que la amenaza de castración obtiene su efecto con posterioridad; en retrogradencia. Es interesante resaltar que frente a la ausencia surge la representación y esta representación no es posible si no hay una representación anterior a la

que se pueda dirigir en retrogradiencia para que solo entonces, en esta articulación en *après-coup* la segunda cobre sentido, o más rigurosamente, tenga significación; evidentemente Lacan era freudiano. Esto sucede ya como parte del desarrollo sexual en la fase fálica freudiana; fase en la que, sin embargo, los genitales femeninos siguen sin ser descubiertos. La fase fálica es un momento del desarrollo sexual psíquico donde se articulan la primacía del falo, el complejo de castración y el complejo de Edipo sin llegar aún a la organización genital definitiva pues es interrumpida por el período de latencia (Freud, 2010b).

El complejo de Edipo según el Diccionario del Psicoanálisis es: “1) Conjunto de las investiduras amorosas y hostiles que el niño hace sobre los padres durante la fase fálica. 2) Proceso que debe conducir a la desaparición de estas investiduras y a su reemplazo por identificaciones” (Chemama & Vandermersch, 2010, pág. 182). Sin embargo, es importante lo escrito poco después: “La significación del Edipo no debe ser reducida al conflicto edípico imaginario [...]. El pasaje por el Edipo desemboca en la posición heterosexual y en la formación del superyó, en el que Freud ve la fuente de la moral y la religión” (Chemama & Vandermersch, 2010, pág. 186). Este complejo, en el caso del varón, se va al fundamento, es sepultado, reprimido, debido al influjo del complejo de castración. Freud escribe lo siguiente: “Ahora bien, la tesis es que la organización genital fálica del niño se va al fundamento a raíz de esta amenaza de castración. Por cierto que no enseguida, ni sin que vengan a sumarse ulteriores influjos” (2010b, pág. 183). Es necesario entender a la *organización genital fálica* en su estrecha relación con el complejo de Edipo en tanto el niño ha investido libidinalmente a su madre, convirtiéndola en su objeto de amor; su primer y único objeto de amor, a quien están dirigidas todas sus pulsiones. No es sino hasta la Ley de la prohibición del incesto que el niño retira esta investidura libidinal y se identifica con aquel que la ha impuesto, con la esperanza de algún día recuperar aquello que, estando aún en brazos de su madre, perdió. El niño se somete a la Ley por el influjo de la amenaza de castración y con ello reprime y transforma las pulsiones sexuales dirigidas a la madre reemplazándolas por mociones tiernas y desexualizadas al mismo tiempo que, en otro movimiento, se identifica con el padre, es decir, aquel quien ha dictado la Ley (Freud, 2010b). Atravesando todos estos periplos, en el niño emergerá el superyó al mismo tiempo que le sobreviene el período de latencia:

Tales son los nexos que la observación analítica permite discernir o colegir entre organización fálica, complejo de Edipo, amenaza de castración, formación del

superyó y período de latencia. Justifican la tesis de que el complejo de Edipo se va al fundamento a raíz de la amenaza de castración (Freud, 2010b, pág. 185).

El varoncito, identificado con el padre, escoge de sus posteriores objetos de amor y de acuerdo a sus modelos: el niño ha devenido masculino heterosexual. Todo esto, claro está, es inconsciente, de eso trata el que el complejo de Edipo *vaya al fundamento*; es entonces, reprimido, inconsciente, y además base y fundamento de la estructura psíquica del niño así como de su sexualidad. El siguiente pasaje tomado de *El sepultamiento del complejo de Edipo* explica estas proezas psíquicas:

El complejo de Edipo ofrecía al niño dos posibilidades de satisfacción, una activa y una pasiva. Pudo situarse de manera masculina en el lugar del padre y, como él, mantener el comercio con la madre, a raíz de lo cual el padre fue sentido pronto como un obstáculo; o quiso sustituir a la madre y hacerse amar por el padre, con lo cual la madre quedó sobrando. En cuanto a la naturaleza del comercio amoroso satisfactorio, el niño sólo debe de tener representaciones muy imprecisas; pero es cierto que el pene cumplió un papel, pues lo atestiguaban sus sentimientos de órgano. No tuvo aún ocasión alguna para dudar de que la mujer posee un pene. Ahora bien, la aceptación de la posibilidad de la castración, la intelección de que la mujer es castrada, puso fin a las dos posibilidades de satisfacción derivadas del complejo de Edipo. En efecto, ambas conllevaban la pérdida del pene; una, la masculina, en calidad e castigo, y la otra, la femenina como una premisa. Si la satisfacción amorosa en el terreno del complejo de Edipo debe costar el pene, entonces por fuerza estallará el conflicto entre el interés narcisista en esta parte del cuerpo y la investidura libidinosa de los objetos parentales. En este conflicto triunfa normalmente el primero de esos poderes: el yo del niño se extraña del complejo de Edipo (Freud, 2010b, pág. 184).

En el caso de la niña pequeña no sucede del mismo modo. Para Freud las respuestas a las preguntas por la feminidad fueron siempre borrosas, insuficientes, de cierto modo incompletas; algo les faltaba. Escribe en 1932; ya en sus últimos años: “Pues bien: el psicoanálisis, por su particular naturaleza, no pretende describir qué es la mujer – una tarea

de solución casi imposible para él –, sino indagar cómo deviene, cómo se desarrolla la mujer a partir del niño de disposición bisexual” (2000d, pág. 108). Pues bien, ante la pregunta del cómo la niña se convierte en mujer, tomando la opción de la feminidad heterosexual, Freud propone como instancia primera la disposición bisexual en la que la niña no guarda diferencia con el niño y toma a la madre (o quienquiera le brinde los cuidados primarios que en tanto función le corresponden) como primer objeto de amor a quien se dirigen todas sus mociones pulsionales. A esta primera elección de objeto, Freud, en *Sobre la sexualidad femenina* de 1931, denominará como *ligazón-madre*, que en la niña es notablemente más larga que en el varoncito y es un hecho que marcará el posterior desarrollo de ella (2000e).

¿Cómo se consuma el correspondiente desarrollo en la niña pequeña?

Nuestro material se vuelve aquí – incomprensiblemente – mucho más oscuro y lagunoso. [...] La exigencia feminista de igualdad de los sexos no tiene aquí mucha vigencia; la diferencia morfológica tiene que exteriorizarse en diversidades del desarrollo psíquico. Parfraseando una sentencia de Napoleón, «la anatomía es el destino». El clítoris de la niñita se comporta al comienzo en un todo como un pene, pero ella, por la comparación con un compañerito de juegos, percibe que es «demasiado corto», y siente este hecho como un perjuicio y una razón de inferioridad. Durante un tiempo se consuela con la expectativa de que después, cuando crezca, ella tendrá un apéndice tan grande como el de un muchacho. Es en este punto donde se bifurca el complejo de masculinidad de la mujer. Pero la niña no comprende su falta actual como un carácter sexual, sino que lo explica mediante el supuesto de que una vez poseyó un miembro igualmente grande, y después lo perdió por castración. No parece extender esta inferencia de sí misma a otras mujeres, adultas, sino que atribuye a estas, exactamente en el sentido de la fase fálica, un genital grande y completo, vale decir, masculino. Así se conduce esta diferencia esencial: la niñita acepta la castración como un hecho consumado, mientras que el varoncito tiene miedo a la posibilidad de su consumación (Freud, 2010b, págs. 185-186).

La niña, entonces, atraviesa ciertas situaciones similares a las del niño: tienen el mismo primero objeto de amor, comparten las teorías sexuales infantiles e ingresan a la fase fálica en la que la primacía del falo es característica constitutiva. Sin embargo, ellas así como

todos, determinadas como lo están por lo que reconocen como su cuerpo no pueden sino reconocerse castradas, y, es en este punto donde diverge, según Freud, con el desarrollo del niño:

Si no hallamos algo que sea específico para la niña y no se presente en el varoncito, o no lo haga de igual modo, no habremos explicado el desenlace de la ligazón-madre en aquella.

Creo que hemos hallado ese factor específico, y por cierto donde esperábamos hallarlo, si bien en forma sorprendente. Donde esperábamos hallarlo, digo, pues reside en el complejo de castración. Y en efecto, la diferencia anatómica [entre los sexos] no puede menos que imprimirse en consecuencias psíquicas. Pero fue una sorpresa enterarse, por los análisis, que la muchacha hace responsable a la madre de su falta de pene y no le perdona ese perjuicio.

Como oyen, también a la mujer le atribuimos un complejo de castración. Y con buen fundamento; pero no puede tener el mismo contenido que en el varón (Freud, 2000d, págs. 115-116).

Es decir, el varón sale del complejo de Edipo, se reprime, se va al fundamento, debido al complejo de castración que aparece para él como amenaza de castración. Para la niña el complejo de castración, existe de diferente modo bajo la forma de *penisneid* (la envidia del pene) debido a que ella se reconoce, según Freud, castrada. La envidia del pene no es sencillamente la envidia del órgano masculino, sino del falo. Efectivamente, para Freud la envidia del pene le sobreviene a la niña frente al descubrimiento de la anatomía sexual diferente en la cual el niño tiene un “pene bien visible y de notable tamaño, y al punto lo discierne como el correspondiente, superior, de su propio órgano, pequeño y escondido; a partir de ahí cae víctima de la envidia del pene” (Freud, 2010a, pág. 270). Entonces, sucede lo que mejor no pudo haber descrito Freud: “En el acto se forma su juicio y su decisión. Ha visto eso, sabe que no lo tiene, y quiere tenerlo” (Freud, 2010b, pág. 271). En este momento la niña pequeña se inicia en el movimiento estructurante del complejo de Edipo.

Para Freud existen cuatro consecuencias psíquicas posibles y no exclusivas entre sí de la envidia del pene que se encuentran descritas en *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica de los sexos*, a saber: 1) el establecimiento de un sentimiento de

inferioridad con respecto al varón, 2) los celos característicos de las mujeres, 3) un aflojamiento de los vínculos tiernos con el objeto-madre debido a que ella es responsabilizada por la falta de pene, y 4) el alejamiento de las actividades sexuales onanistas puesto que la masturbación del clítoris es una práctica masculina de carácter activo que recordaría en su propia persona la herida narcisista de haber sufrido la castración (Freud, 2010a). De tal modo que, el conocimiento de la diferencia anatómica de los sexos, la constatación de que está castrada; de que no tiene el falo, esfuerza a la niña a apartarse de la masculinidad de la que era partícipe “y a encaminarse por nuevas vías que lleven al despliegue de la feminidad” (Freud, 2010a, pág. 274). ¿Cuáles son estas *nuevas vías*? El deseo de un hijo es una de ellas, como reza una continuación del texto de la cita anterior:

Hasta ese momento no estuvo en juego el complejo de Edipo, ni había desempeñado papel alguno. Pero ahora la libido de la niña se desliza – sólo cave decir: a lo largo de la ecuación simbólica prefigurada pene = hijo – a una nueva posición. Resigna el deseo del pene para reemplazarlo por el deseo de un hijo, y *con este propósito* toma al padre como objeto de amor. La madre pasa a ser objeto de los celos, y la niña deviene una pequeña mujer (Freud, 2010a, pág. 274).

Ese sería el devenir de la mujer; sería el despliegue no patológico de la feminidad al que apunta el complejo de Edipo en esta forma particular. A diferencia del niño pequeño, en la niña “el complejo de Edipo es una formación secundaria. Las repercusiones del complejo de castración le preceden y lo preparan. En cuanto al nexo entre complejo de Edipo y complejo de castración, se establece una posición fundamental entre los dos sexos” (Freud, 2010a, pág. 275). Esta oposición consiste en que mientras que el complejo de Edipo en el varón se va al fundamento debido al complejo de castración, el Edipo que atraviesa la niña es posibilitado e introducido por este. Sigue la cita anterior:

Esta contradicción se esclarece si se reflexiona en que el complejo de castración produce en cada caso efectos en el sentido de su contenido: inhibidores y limitadores de la masculinidad, y promotores de la feminidad. La diferencia entre el varón y la mujer en cuanto a esta pieza del desarrollo sexual es una comprensible consecuencia de la diversidad anatómica de los genitales en la situación psíquica entrelazada con ella; corresponde al designio entre castración consumada y mera amenaza e castración (Freud, 2010a, pág. 275).

Esta relación freudiana de la niña con el falo del que se encuentra desposeída, del que ha sido privada es el punto de pivote de todo su desarrollo psíquico como mujer, es decir, en la feminidad que no carece de efectos. Estos efectos son tres, que Freud publica tras años de trabajo teórico, encadenado a su trabajo *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica de los sexos* de 1925, en su texto titulado *Sobre la sexualidad femenina* de 1931:

Muy diversos son los efectos del complejo de castración en la mujer. Ella reconoce el hecho de su castración y, así, la superioridad del varón y su propia inferioridad, pero también se revuelve contra esa situación desagradable. De esa actitud biscindida derivan tres orientaciones del desarrollo. La primera lleva al universal extrañamiento respecto de la sexualidad. La mujercita, aterrorizada por la comparación con el varón, queda desconectada con su clítoris, renuncia al quehacer fálico y, con él, a la sexualidad en general, así como buena parte de su virilidad en otros campos. La segunda línea, en porfiada auto-afirmación, retiene la masculinidad amenazada; la esperanza de tener alguna vez el pene persiste hasta épocas increíblemente tardías, es elevada a la condición de fin vital, y a la fantasía de ser a pesar de todo un varón sigue poseyendo a menudo virtud plasmadora durante prolongados períodos. También este «complejo de masculinidad» de la mujer puede terminar en una elección de objeto homosexual manifiesta. Solo un tercer desarrollo, que implica sin duda rodeos, desemboca en la fina configuración femenina que toma al padre como objeto y halla así la forma femenina del complejo de Edipo (Freud, 2000e, págs. 231-232).

En otras palabras, la niña puede tomar tres actitudes diferentes: 1) no hay envidia del pene pues la niña se aleja de toda sexualidad en general en un acto represivo, 2) retiene la masculinidad amenazada y desarrolla lo que Freud llama un *complejo de masculinidad* denegando el hecho de su castración, y, 3) toma al padre como nuevo objeto de amor en el que se manifiesta el deseo de tener sustitutos del pene (Nasio, 1996). Por lo tanto, citando lo que escribe Freud como continuación de la extensa cita anterior: “el complejo de Edipo es en la mujer el resultado final de un desarrollo más prologando; no es destruido por el influjo de la castración sino creado por él” (Freud, 2000e, pág. 232). Sucede que, la niña es

expulsada por el influjo de la envidia del pene fuera de la *ligazón-madre* desembocando en la situación edípica (Freud, 2000d).

Muy a pesar de todas estas intelecciones, para Freud, éstas siguen sin ser suficientes y la mujer permanece como “el continente oscuro”. Cierra su conferencia sobre la feminidad en 1932 así:

Eso es todo lo que tenía para decirles acerca de la feminidad. Es por cierto incompleto y fragmentario, y no siempre suena grato. Pero no olviden que hemos descrito a la mujer sólo en la medida en que su ser está comandado por su función sexual. Este influjo es sin duda muy vasto, pero no perdemos de vista que la mujer individual ha de ser además un ser humano. Si ustedes quieren saber más acerca de la feminidad, inquieran a sus propias experiencias de vida, o diríjase a los poetas, o aguarden hasta que la ciencia pueda darles una información más profunda y mejor entramada (Freud, 2000d, pág. 125).

“Diríjase a los poetas” es una excelente recomendación. Son ellos los que más saben acerca de las pulsiones, la ciencia hasta ahora no ha podido dar lo que el científico de Freud tenía la esperanza que daría.

A pesar de los cambios, los enredos y las preguntas que continúa suscitando Sigmund Freud en lo que ha dejado escrito es evidente que el concepto de falo, más allá de lo que el vulgo entiende como pene, tiene una incidencia decisiva en lo que respecta al desarrollo psíquico sexual de todos los seres humanos.

CAPÍTULO 3: FREUD ↔ LACAN

¿Qué mejor que citar al mismo Lacan cuando de volver a Freud se trata? Del texto de una transcripción de dos conferencias pronunciadas en Bruselas en marzo de 1960:

Poco a poco los universitarios habían logrado digerir lo que Freud, por otra parte con mucha habilidad, se había esforzado por volverles comestible, digerible. Freud mismo se prestó a la cosa al querer convencer. El sentido del retorno a Freud es mostrar lo que hay de decisivo en lo que Freud había descubierto, y que hacía entrar en el juego de una manera completamente inesperada, porque era verdaderamente la primera vez que se veía surgir algo que no tenía estrictamente nada que ver con lo que alguien hubiera dicho antes. El inconsciente de Freud es la incidencia de algo completamente nuevo (Lacan J. , 2005, pág. 83).

3.1 Metamorfosis del concepto

Ya en este punto del trabajo es evidente que el concepto de falo que actualmente sostiene el psicoanálisis lacaniano es, en cierto sentido, el mismo que aquel propuesto por Freud en 1923.

El descubrimiento del inconsciente freudiano es uno de los componentes de los que la teoría del significante de Jacques Lacan no puede prescindir y que, a su vez, modifica, a saber: el inconsciente estructurado como un lenguaje. Freud no lo sabía y tampoco tenía por qué saberlo; la lingüística saussureana iba desarrollándose contemporáneamente con el psicoanálisis y en aquel momento estaban lejos de encontrarse.

Lacan y su concepto de goce es otro punto ligado con lo que ahora, con la teoría del significante, se propone como lo inconsciente que se desarrolla en base de la Cosa de Sigmund Freud. En el principio era la Cosa; en el principio era el Uno, en el principio era el goce (Braunstein, 2006); en el principio era el Real. Según Braunstein, goce e inconsciente se articulan de la siguiente forma dentro de la obra de Lacan: “[...] en el Seminario 20, precisará su planteo al establecer que, si bien el inconsciente está estructurado como un lenguaje, no es menos claro que el inconsciente depende del goce y es un aparato que sirve a la conversión del goce en discurso” (Braunstein, 2006, pág. 28). De modo que el inconsciente funciona como desciframiento de goce; lo inconsciente, que no existe sino cuando es hablado; cuando se articula en lo que el psicoanálisis llama una formación del

inconsciente, codifica de tal modo aquel goce anteriormente no-articulable de forma retrogradiente hasta llegarlo a articular. Lo hace siempre, evidentemente, bajo las leyes de la metáfora y la metonimia. Así hay un pasaje de Freud a Lacan, de la Cosa (*das Ding*) al goce, y del Ello; siempre reprimido, siempre pulsional, a lo inconsciente de Lacan al que está sujeto el sujeto; inconsciente estructurado como un leguaje, es decir, lo inconsciente construido por las leyes de la metáfora y la metonimia. Este fue un pequeño abre bocas, un tentempié que servirá como noción fundamental para lo que será la metamorfosis del concepto de falo que se encuentra anudado a los conceptos anteriores.

Efectivamente, en el principio era la Cosa, el goce, pero eso era en el principio. El sujeto del psicoanálisis no es el del principio, no, es \$. Escrito el sujeto de esta manera, con la S atravesada por la barra oblicua, no es poca cosa; es el resultado de la operación crucial que ha debido sobrevenirle para concederle su ex-sistencia. Esta es la castración simbólica de Lacan, a la que alude la siguiente cita extraída del *Seminario 18* en enero de 1971:

¿Qué enuncia la teoría sino que la relación con este plus-de-gozar es esencial para el sujeto? En nombre de esta relación, la función de la madre se vuelve preponderante en toda nuestra observación analítica. A decir verdad, el plus-de-gozar solo se normaliza por una relación que se establece con el goce sexual, teniendo en cuenta que este goce no se formula, no se articula más que por el falo, en la medida en que es su significante. [...] El falo es propiamente el goce sexual por cuanto está coordinado con un semblante, es solidario de un semblante” (Lacan J. , 2009, pág. 33).

Es de este sujeto, \$, de quien se trata y de quien se ha venido tratando a lo largo de toda esta consecución de páginas; el \$ es castrado, es sexuado. La castración, como castración simbólica, es una elaboración de Jacques Lacan que se fundamenta en los tres registros que él ha propuesto para el sujeto, es decir, el Real, Simbólico e Imaginario que se anudan, sosteniéndose entre sí, en el famoso nudo borromeo.

La castración, tal como la propuso Sigmund Freud, no se designa sencillamente como castración; es *complejo de castración* que se evidencia en el niño bajo la forma de *amenaza de castración* y en la niña como *envidia del pene (penisneid)*. En la castración freudiana el falo es un representante bajo el cual se apuntalan las pulsiones y sobre el cual se desarrolla el niño o la niña de acuerdo con las vicisitudes que le son propias. La palabra clave aquí es

«representante». Según René Lew el verbo «representar», en la metapsicología freudiana, es del orden de la representancia y se vuelve imperativo resaltar aquello que se teje entre representancia y representación:

Se puede distinguir la concatenación misma (la representancia) ahora reducida a la flecha horizontal (\rightarrow) y su 'resultado' (de alguna manera) que la incluye de manera progradiente: ($S\rightarrow$) o de modo retrogradiente: ($\rightarrow S$). Este resultado es doble porque se refiere (en sentido propio: se establece, entonces de modo estático) a la representancia en ese 'sitio' signifiante, punto de impacto de la función que conlleva el sitio antecedente y así el representante. Hay muchas maneras de referirse a este sitio signifiante [...] pero Freud utiliza esencialmente el concepto de representación (*Vorstellung*). Así el conjunto [$S\rightarrow$] asocia la representancia [\rightarrow] y la representación [S], *Repräsentanz* y *Vorstellung* (Lew, 2011, pág. 5).

Ahí la convergencia; el pasaje, de Freud a Lacan y viceversa. En un retorno a Freud, retorno que se ha realizado desde Jacques Lacan, cuando Freud habla de representante, representancia y representación, leemos lo que Lacan desarrolló en la teoría del signifiante ($S_1\rightarrow S_2$). De tal modo que, volviendo a Lew:

Esta *Vorstellung* *repräsentanz* subraya el carácter binario del signifiante asociando una función simbólica de representancia y su transcripción extensional imaginaria que es la representación. Es por ello que Freud insiste en decir que representancia y representación son idénticas, no son sino dos abordajes (que llamaré simbólico e imaginario) de la misma función, en intensidad (representancia) o en extensión (representación). Así se puede hablar de representancia en términos de representación (abreviado: representación representancia) o representación haciendo representancia (abreviado: representancia representación) (Lew, 2011, pág. 5).

René Lew trabaja esta cuestión de tal modo que le permite decir que el signifiante lacaniano extrae su existencia de su articulación, es decir, de su representancia, con otro que ya no existe (2011). De modo tal que en este punto hay un encuentro en el que se ancla un pasaje entre Freud y Lacan: la significancia es la representancia de Freud. Y, ya dando ese paso de uno al otro:

La significancia, siendo entendida como incorporación que hace de cadena (o cuerpo, incluyendo el cuerpo del lenguaje) es pues ‘el significante’ falo (o fálico): Φ , el gran Φ simbólico, como precisa Lacan. De allí la organización libidinal de la pulsión con su valor fálico y su despliegue edípico (ver más allá) en su lazo con el complejo de castración (el S_1 es la función de la castración como el falo ausente en la cadena significante, pero que el sujeto representa aquí en equivalencia de la representancia con la representación (Lew, 2011, pág. 8).

Hace su aparición el falo simbólico. Era de esperarse, es pues, la pregunta por el falo, la razón de este trabajo. De cierto modo, este falo simbólico; Φ , es el mismo tanto para Lacan como para Freud, es decir, en el retorno a Freud, es evidente que el falo, aquel que establece una primacía en los avatares de la estructuración tanto de la niña como del niño, es tanto aquel falo, Φ , que opera en la castración y como, ϕ , sobre el que opera la castración; el Nombre-del-Padre. Según Néstor Braunstein:

Pasando por la castración simbólica los objetos del deseo se cargan con el lastre de su imposibilidad. En relación con Φ , con el Falo como significante del goce que está prohibido para el que habla como tal, es que todo lo del goce que es accesible está tachado y debe desplazarse a lo largo de la cadena significante, fuera de cuerpo *hors-corps*. Por eso es que el objeto @, el del fantasma, lleva sobreentendida esta función de la castración. Aunque no se escriba de tal modo por razones de parsimonia, su nombre completo es objeto @/(- ϕ) (Braunstein, El goce: un concepto lacaniano, 2006, pág. 73).

Es en la operación de la castración, tal como la formula Lacan, donde se descubre la genialidad de Freud, que aún sin saberlo introdujo el falo en una dimensión distinta a aquella a la que muchos intentaron reducirla: la del órgano anatómico. De Freud a Lacan, el falo en psicoanálisis se convierte en un significante, digámoslo así *el* significante; Φ , que posteriormente entre 1971 y 1973 llega a convertirse en la función fálica (Φ_x) que le permitirá describir la hiancia entre hombre y mujer. En otras palabras, será el modo en el que asuman la castración, el modo en el que cada sujeto asuma la función fálica, el que determine su posición sexual.

Según Chemama y Vandermersch:

La castración implica por lo tanto en primer lugar la renuncia a ser el falo, pero también implica además renunciar a tenerlo, es decir, a pretenderse su amo. Es notable que el falo, que aparece, bajo innumerables aspectos, en los sueños y los fantasmas, se vea en ellos regularmente separado del cuerpo. Esta separación es explicada por Lacan como un efecto de la «elevación» del falo a la función de significante. A partir de que el sujeto está sometido a las leyes del lenguaje (la metáfora y la metonimia), es decir, a partir de que el significante fálico ha entrado en juego, el objeto fálico está seccionado imaginariamente (2010, pág. 77).

Todo sujeto, es decir, tanto los niños como las niñas, según Lacan, atraviesan por la castración. En tanto la castración es castración simbólica ambos sexos han de ser atravesados por ella, es decir, a todo infante le es impuesta la Ley de la prohibición del incesto: ninguno es el falo; ninguno es el falo de la madre. Tanto los niños como las niñas se ven expulsados de la tríada preedípica; se reconocen en falta y así surge el deseo. Ahora bien, si esto es efectivo para todo sujeto, aquellos sujetos que se ubican en una posición femenina tienen una condición previa que las caracteriza: han sido privadas del falo y por eso decía Lacan que no son castrables. Sin embargo, ellas también están castradas: no existe al menos una que diga que no a la función fálica ($\bar{\exists}X \bar{\Phi}X$). Es cierto, pero, aún cuando esto sea así, no-toda ella dice sí a la función fálica ($\bar{\forall}X \Phi X$); ahí radica la infinitud del goce del Otro al que puede estar dirigida *La* mujer. Eso es lo que se lee del lado izquierdo de las fórmulas de la sexuación. Del otro lado la cosa parece estar más clara.

La incorporación del ser al lenguaje es la causa de un des-tierro definitivo e irreversible con respecto a la Cosa. Y la Cosa, en la definición que propone Lacan cuando retoma y comenta a Freud en el seminario sobre la ética del psicoanálisis, es ‘aquello de lo real que padece del significante’. Así como se diría de alguien ‘que padece de catarro’, que ‘padece *del* síntoma’” (Braunstein, El goce: un concepto lacaniano, 2006, pág. 41).

Se puede añadir: padece del *partenaire*. La tabla de la sexuación propuesta por Lacan y dibujada en páginas anteriores da cuenta de estos padecimientos que de ningún modo le eran

extraños a Freud. Es lo que se lee en los escritos que ha dejado sobre algunos de sus casos clínicos.

Finalmente, citando a Néstor Braunstein:

El sujeto nace por estar exiliado de la Cosa, del goce no simbolizado, y se orienta hacia un «primado genital» que no es otra cosa que la primacía del significante, teniendo ese significante como fundamento al falo, soporte de todos los procesos de significación. A tal punto que decir «*La significación del falo*» es una redundancia pues no hay otra, según comentaba Lacan, ironizando acerca del título de uno de sus ‘escritos’. De la Cosa al falo, es decir, a la castración: éste es el sentido de la ruta freudiana que acaba dando el lugar central en la psicopatología al complejo de castración y a sus vicisitudes. El complejo reorganiza por retroacción todo lo sucedido antes de establecerse la primacía fálica. El proceso de la subjetivación puede entenderse como una sucesión de migraciones, exilios y vaciamientos de goce. La sexualidad pasa así por «fases» que van siguiendo esa larga jornada de lo real anterior y exterior a la simbolización (la Cosa de los comienzos), a lo real que resta como saldo imposible después de la simbolización y que se pretende aprehender con las pinzas de la palabra pero que se escurre y, es más, se produce como efecto de discurso por la palabra misma, el objeto @, el huidizo *plus* de goce (2006, pág. 43).

3.2 Diferencias entre Freud y Lacan

Parecía buena idea destacar algunas diferencias con respecto al Falo tal como lo plantea Freud y como lo plantea Lacan. La intención, principalmente, era la de hacer más claros los conceptos dividiéndolos, separándolos como se lo haría en un diagrama de Venn. Eso no es del todo posible; la idea deja de ser tan buena, pues, hablar de diferencias entre uno y otro a modo de separación parece atentar contra el freudismo de Lacan, algo que seguramente él mismo reprocharía. De modo que, las diferencias que se leen a continuación deben reconocerse como inflexiones, torsiones o giros y no como cortes o quiebres. Este asunto, en lo que le compete al concepto de falo, no es diferente. No es posible hablar de un falo y de otro falo como si se estuviera tratando de homónimos, es decir, de palabras iguales con significados completamente distintos, de modo que, cuando se hable de diferencias éstas deben remitirse, valga la redundancia, a inflexiones, torsiones y giros.

Lacan escribe al falo de distintos modos, distinguiéndolos en significaciones distintas. Los escribe: Φ , ϕ y Φ_x , es decir, falo simbólico, falo imaginario y función fálica. Cada uno de ellos ocupa un lugar específico en la topología del sujeto; el sujeto en el que se anudan RSI. Sigmund Freud no hizo sino permitirle a Lacan esta escritura, lo hizo dándole al falo el estatuto de representante y otorgándole un lugar preponderante; una primacía que se sostiene en el apuntalamiento de las pulsiones sobre este representante que felizmente ha encontrado un lugar en el cuerpo del sujeto de forma imaginaria.

La primera torsión, y quizá la torsión nodal de toda la teoría lacaniana sobre el falo, radica en la lectura del representante fálico entendido como significante fálico, significante cuya única *Bedeutung* es él mismo, el referente sin referencia, el significante del que no sale ninguna palabra y que en tanto tal propulsa al bebé hacia la sujeción. El falo es origen del sujeto; del sujeto y no del lenguaje porque no del lenguaje pues no hay nada que trascienda al lenguaje; no hay metalenguaje: “[...] sin temor de entrar en contradicción, podríamos decir también que el falo está en el centro y en el origen de la estructura subjetiva tal y como se revela en la experiencia psicoanalítica” (Braunstein, 2001b, pág. 118). Y, Citando a Lacan: “El falo es el significante privilegiado de esa marca en la que que la parte del logos se une al advenimiento del deseo” (2003, pág. 672). De cierta forma las denominadas *diferencias* de este trabajo son semejantes a la semi-torsión de la banda de Möbius, convirtiendo así mismo a este retorno en una banda de ese tipo que si se la corta deja de existir.

Una vez que Lacan realiza esta inflexión, como el correr de la semi-torsión en el movimiento de la banda de Möbius, las construcciones teóricas de la castración y el complejo de Edipo se ven afectadas. Estas mismas sufren sus efectos que, sin privarlas de continuidad, las desarrolla.

El Falo indica el lugar de ausencia que ha de ser colonizado por lo que sí se nombra, por el semblante que viene al lugar de la verdad y es el agente del discurso, de todos los discursos. Por ser localizador de la falta ($-\phi$) es el organizador y el comandante del deseo, encarna la respuesta del sujeto a la falta en ser. Así, los objetos que son causa del deseo (@) alcanzan una significación fálica, están correlacionados a la castración (Braunstein, 2006, pág. 147).

La castración (-φ) es para Lacan, simbólica, no anecdótica, es decir, estructural. Y, si bien, para Freud el complejo de castración era un fenómeno imprescindible para el desarrollo de la psique del sujeto (en otras palabras, estructural), seguía siendo de carácter anecdótico. Era de lo anecdótico de lo que hablaba cuando escribe al complejo de castración en sus formas de amenaza de castración y envidia del pene. Sin arrebatarles lo que éstas dos construcciones tienen de fundamental, de estructura, Lacan deja caer esto anecdótico de la operación de la castración cuando ésta es finalmente simbólica. A este respecto escribe Braunstein:

Se aprecia aquí la posición diferente de Lacan con respecto a Freud. El padre no es prohibidor ni temible ni rival ni gozante. Es un nombre-del-Padre, puro significante del Falo, que pone a distancia del Deseo-de-la-Madre y que marca con la castración (-φ) los objetos del deseo que devienen así significantes del falta y quedan investidos de valor fálico (2006, pág. 118).

El complejo de Edipo, por otro lado, cesa también de ser anecdótico; el complejo de Edipo en el que opera la castración simbólica se divide en un movimiento de tres tiempos estructurantes del sujeto; estructurantes en tanto lo convierten en deseante, ubicándolo infaltablemente en la dialéctica fálica. Los avatares del complejo de Edipo posicionan, entonces, al sujeto en los distintos modos en los que se articula la función fálica, Φ_x . Resulta que el sujeto ha de ubicarse ya en una posición femenina o masculina con respecto a la función del falo; cosa que Lacan supo escribir en las consabidas fórmulas de la sexuación.

En cierto sentido las aparentes diferencias entre Freud y Lacan con respecto al falo y su función radican en el pasaje del mito a lo escrito; del relato a la letra.

CONCLUSIONES

El recorrido del concepto de falo como función organizadora del sujeto sexuado en la presente investigación dentro de la teoría psicoanalítica desarrollada por Freud y Lacan no ha sido ni será sencillo. El camino, el recorrido presentando en éstas páginas es un camino que se abre así como escribe el poeta:

XXIX

Caminante, son tus huellas
el camino, y nada más;
caminante, no hay camino:
se hace camino al andar.
Al andar se hace camino,
y al volver la vista hacia atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.
Caminante, no hay camino,
sino estelas en la mar (Machado, 1962).

No se ha descubierto un recorrido pre-existente, se ha trazado uno particular; uno entre otros que quizá se puedan dibujar.

A lo largo y a lo ancho de este texto que ante el lector yace, se ha descrito cómo, a los ojos de quien escribe, el concepto de falo en tanto función fálica ha devenido como tal para el psicoanálisis lacaniano a través de movimientos, que, en una consistente continuidad teórica, dan cuenta de una metamorfosis. A estos movimientos se los ha denominado torsiones, en deliberada metonimia que avoca a aquella torsión de la banda de Möbius.

El falo en su función, que Jacques Lacan escribe Φ_x , fue propuesto hacia 1923 por Sigmund Freud quien lo nombra representante fálico. El representante fálico freudiano es el concepto que tomará Lacan y lo transformará, con la ayuda de la topología del sujeto y su teoría del significante, en lo que en sus seminarios se lee en distintas formas: Φ , ϕ , y finalmente entre 1971 y 1973 de su enseñanza como Φ_x .

En fin, el falo en Freud es *representante fálico*, sobre el cual se apuntalan las pulsiones todas y es por tanto el fundamento de la primacía fálica sobre la que se ordena la psique del sujeto. En el retorno a Freud que Lacan hace, en esa lectura sobre la que elabora su enseñanza, Lacan le da un giro a este concepto freudiano, sin separarse de él, y propone el concepto de

falo en las variaciones de su dialéctica, a saber, como significante, como semblante y como función operante. En primera y última instancia, reconociendo el freudismo de Lacan, él trabaja el concepto de falo como función operante pues es en esta dimensión estructural donde, de algún modo se lo puede leer. Efectivamente, Lacan lo escribe en las fórmulas de la sexuación, le da una letra, lo articula en los distintos prosdiorismos y muestra su consistencia lógica. En Jacques Lacan, en la lectura de sus seminarios y algunos de sus escritos, se realiza un pasaje del mito a lo escrito; un pasaje de lo anecdótico (freudiano) a lo estructural (lacaniano).

RECOMENDACIONES:

La enseñanza de Jacques Lacan es, así como la estructura del significante, un enjambre. Las posibilidades de abordar los conceptos que la componen son algunas, quizá innumerables, y es por esto recomendable que cada lector deseoso de adentrarse en estos fascinantes vericuetos teóricos lo haga a su modo, con sus propios pies y creando sus propias estelas. Como se ha podido evidenciar, el modo en el que he podido adentrarme en éstos empezó con Lacan, con su enseñanza, que me permitió, al modo de los lentes a la presbicia, leer a Freud. En mi particularidad, el modo que encontré de introducirme en la teoría psicoanalítica no me fue posible sino en un retorno a Freud; retornar a él habiéndome sido imposible partir de él. Hacer una recomendación general de uno u otro modo específico para adentrarse en esta telaraña teórica sería como gritar en el océano, las posibilidades son un sinnúmero; el inicio siempre es de cada uno. Lo único que puedo recomendar es empezar con una pregunta, una interrogante, dejarse picar por el bichito de la curiosidad que es el único capaz de direccionar y propulsar desde un cierto deseo de saber. A continuación se encuentran algunas preguntas que he podido plantear a lo largo de este trabajo de investigación, y quizá, como en la rueda de la fortuna, alguien pueda tomarlas como recomendación.

En lo que a los desplazamientos o saltos lógicos necesarios para escribir las fórmulas de la sexuación tal como las plantea Jacques Lacan en 1972 se refiere: ¿Qué le abrió el camino para escribir aquellos prosdiorismos?, incluso, ¿sería posible responder a esa pregunta?, ¿no es esa una pregunta por el sujeto de nombre Jacques-Marie Emile Lacan; imposible de responder?

Con respecto al falo, Φ , la letra y el inconsciente: ¿De qué forma; cómo, están ellos relacionados?, es decir, ¿cómo se articularían?

Por último, queda el misterio femenino, que quizá las mujeres *una por una* podrán responder, imposible de saturar: ¿Qué quieren las mujeres?

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Braunstein, N. (1994). Mi papá me pega (me ama). En *Freudiano y Lacaniano* (págs. 151-167). Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno Editores.
- Braunstein, N. (2001a). El concepto de semblante en Lacan. En *Por el camino de Freud* (págs. 121-152). México D.F., México: Siglo Veintiuno Editores.
- Braunstein, N. (2001b). El falo como S.O.S. (SIGNIFICANTE, ORGANO Y SEMBLANTE). En *Por el camino de Freud* (págs. 112-120). México D.F., México: Siglo Veintiuno Editores.
- Braunstein, N. (2006). *El goce: un concepto lacaniano*. Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno Editores.
- Chemama, R., & Vandermersch, B. (2010). *Diccionario del Psicoanálisis*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (2008). Tres ensayos de teoría sexual (1905). En *Obras completas: Fragmento de análisis de un caso de histeria (Dora) Tres ensayos de teoría sexual y otras obras (1901-1905)* (J. L. Etcheverry, & J. Strachey, Trads., Vol. VII, págs. 109-222). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (2000f). Sobre las teorías sexuales infantiles (1908). En *Obras Completas: El delirio y los sueños en la «Gradiva» de W. Jensen y otras obras (1906-1908)* (J. L. Etcheverry, & J. Strachey, Trads., Vol. IX, págs. 183-201). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (2000a). Análisis de la fobia de un niño de cinco años (1909). En *Obras Completas: Análisis de la fobia de un niño de cinco años A propósito de un caso de neurosis obsesiva (1909)* (J. L. Etcheverry, & J. Strachey, Trads., Vol. X, págs. 1-118). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (2000b). Introducción del narcisismo (1914). En *Obras Completas: Contribución a la historia de movimiento psicoanalítico Trabajos sobre metapsicología y otras obras (1914-1916)* (J. L. Etcheverry, & J. Strachey, Trads., Vol. XIV, págs. 65-98). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (2000c). La represión (1915). En *Obras completas: Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. Trabajos sobre metapsicología y otras obras (1914-*

- 1916) (J. L. Etcheverry, & J. Strachey, Trads., Vol. XIV, págs. 135-152). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (2010c). La organización genital infantil (1923). En *Obras completas: El yo y el ello y otras obras (1923-1925)* (J. L. Etcheverry, & J. Strachey, Trads., Vol. XIX, págs. 141-149). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (2010b). El sepultamiento del complejo de Edipo (1924). En *Obras completas: El yo y el ello y otras obras (1923-1925)* (J. L. Etcheverry, & J. Strachey, Trads., Vol. XIX, págs. 177-187). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (2010a). Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica de los sexos (1925). En *Obras completas: El yo y el ello y otras obras (1923-1925)* (J. L. Etcheverry, & J. Strachey, Trads., Vol. XIX, págs. 259-276). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (2000e). Sobre la sexualidad femenina (1931). En *Obras completas: El porvenir de una ilusión, El malestar en la cultura y otras obras (1927-1931)* (J. L. Etcheverry, & J. Strachey, Trads., Vol. XXI, págs. 223-244). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (2000d). Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis, Conferencia 33 La feminidad. En *Obras completas: Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis y otras obras (1932-1936)* (J. L. Etcheverry, & J. Strachey, Trads., Vol. XXII, págs. 104-125). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Gómez de Silva, G. (1988). *Breve diccionario etimológico de la lengua española*. México D.F., México: Fondo de Cultura Económica, S.A. de C.V.
- Lacan, J. (1988). *Reseñas de enseñanza*. (J. S. Delmont-Mauri, Trad.) Buenos Aires, Argentina: Manantial.
- Lacan, J. (2003). La significación del falo (1958). En J. Lacan, *Escritos II* (págs. 665-675). Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno Editores.
- Lacan, J. (2005). *El triunfo de la religión: precedido de Discurso a los católicos*. (N. González, Trad.) Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Lacan, J. (2006). La identificación por “ein einziger Zug”. En J. Lacan, *El seminario 8: la transferencia 1960-1961* (E. Berenguer, Trad.). Buenos Aires, Argentina: Paidós.

- Lacan, J. (2009). *El seminario 18: De un discurso que no fuera del semblante 1971*. (N. González, Trad.) Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Lacan, J. (2012). *El seminario 19: ...o peor 1971-1972*. (G. Arenas, Trad.) Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Lacan, J. (2013). *El seminario 4: la relación de objeto*. (E. Berenguer, Trad.) Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Lacan, J. (2014). *El seminario 20: aún*. (D. Rabinovich, J. L. Delmont-Mauri, & J. Sucre, Trads.) Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Le Gaufey, G. (2007). *El notodo de Lacan: Consistencia lógica, consecuencias clínicas*. (S. Mattoni, Trad.) Buenos Aires, Argentina: Ediciones literales.
- Lew, R. (15-16 de 01 de 2011). Teoría del significante (teoría lacaniana logifizada),. Manuscrito inédito, (E. Andrade, Trad.), (págs. 1-25).
- Machado, A. (1962). *Poesías Completas* (9na edición ed.). Madrid, España: ESPASA-CALPE, S.A.
- Nasio, J. D. (1996). *Enseñanza de 7 Conceptos Cruciales del Psicoanálisis*. (G. Klein, Trad.) Barcelona, España: Gedisa Editorial.
- Oldenhove, E. (1987). Cuadrado lógico y cuadrante de Peirce. *Trabajo preparatorio para la jornada de la A.F. en Burselas*, Manuscrito inédito, (E. Andrade, Trad.), (págs. 1-10). Bruselas.
- Pfeiffer, M., Barata, Ú., Belloso, M. J., Boix, I., Cepek, G., Engler, S., . . . Weinert, H. (sin fecha). *SCULTZ: Diccionario español-alemán deutsch-spanisch*. Barcelona, España: Editoiral OCEANO.
- Rabinovich, D. (1995). *Lectura de "La significación del falo"*. Buenos Aires, Argentina: Manantial.
- Real Academia Española. (08 de 2014). *Diccionario de la lengua española*. Recuperado el 18 de 12 de 2015, de Diccionario de la lengua española: Edición del tricentenario: <http://dle.rae.es/?id=c0vJdMB>
- Tendlarz, S. E. (2013). *Las mujeres y sus goces*. Buenos Aires, Argentina: Colección Diva.

Thompson, S. (2014). La categoría lacaniana de semblante. *VI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXI Jornadas de Investigación Décimo Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.